

Memorias de Puente Mulas

LA VOLUTA

Historia en las calles

Equipo de trabajo: German D. Alvarado Luna, Daniel Bonilla Matamoros, Erika Revelo Vallejo.

Transcripciones: German D. Alvarado Luna, Verónica Calvo Barriga.

Compilación y edición: German D. Alvarado Luna.

Diagramación: German D. Alvarado Luna.

Publicación digital: Belén, Heredia, Costa Rica, 2021. La Voluta, historia en las calles.



LA VOLUTA
Historia en las calles

Este libro fue realizado gracias al programa Fondos Concursables para el Desarrollo Artístico de la Municipalidad de Belén. Se autoriza la reproducción del contenido de esta obra con fines de divulgación, culturales y educativos, siempre y cuando no tengan fines de lucro y se cite la fuente. Para cualquier otro propósito se requiere el permiso de los autores.

ÍNDICE

ÍNDICE.....	I
INTRODUCCIÓN.....	V
FERMÍN LUNA, BARRIO SAN VICENTE. 93 AÑOS.....	1
MILPAS Y FRIJOLARES.....	1
LA CHAYOTERA DE JUAN PALOMO.....	2
LOS FAMOSOS BERROS.....	3
DE PASEO Y DE NOVIAS.....	3
TRAER VARILLAS Y SEMBRAR TOMATE EN POZOS.....	5
HACIA LOS MERCADOS.....	6
EL ARIETE Y LA CAÑERÍA.....	7
ESO ERA UN BALNEARIO.....	9
MADERA NO SACÁBAMOS DE AHÍ.....	9
DESPEDAZARON LA NATURALEZA.....	11
DEJARON DE PESCAR.....	11
TERESA ZUMBADO, SAN ANTONIO. 92 AÑOS.....	12
VISTA DE PUENTE MULAS.....	12
CAMINO A SANTA ANA.....	12
UN PUENTE COMO DE HIERRO.....	13
IR A LAS POZAS.....	14
ESTEBAN MURILLO, SAN ANTONIO. 88 AÑOS.....	15
UN RECORRIDO PELIGROSO.....	15
JUAN MANUEL LUNA, BARRIO SAN ISIDRO. 84 AÑOS.....	17
UN TRILLO EN LA ORILLA DE LA PEÑA.....	17
AHÍ NOSOTROS NOS BAÑÁBAMOS.....	18
SOBREVIVÍAMOS AL ESTILO DE TARZÁN.....	20
EL PLAYÓN.....	21
LA CHAYOTERA DE JUAN PALOMO.....	23
SACAR GUARO DE CAÑA.....	25
¡QUE SE NOS IBAN A ARRIMAR!.....	25

ELISEO ZUMBADO, SAN ANTONIO. 80 AÑOS	27
LA CRECIENTE DE AGUA DEL 68.....	27
RENÉ RAMÍREZ DELGADO, SAN ANTONIO. 75 AÑOS	28
SAYO LEONA Y LOS PERROS.....	28
CARLOS GARRO, LA ASUNCIÓN. 71 AÑOS	32
UN PASEO A PUENTE MULAS.....	32
OSCAR ÁLVAREZ, BARRIO SAN ISIDRO. 71 AÑOS	34
APROVECHAMIENTO DE PUENTE MULAS	34
PRÁCTICAS DE ATLETISMO	34
UNA PÁGINA TRISTE	35
MARÍA FERNÁNDEZ ARGUEDAS, BARRIO SAN VICENTE.69 AÑOS	37
LLEVARLE EL ALMUERZO A PAPÁ.....	37
RODRIGO ZAMORA, SAN ANTONIO. 68 AÑOS	39
CACERÍA DE PATOS.....	39
MARGARITA RETANA, BARRIO SAN VICENTE. 67 AÑOS	42
VIVIENDO CON MI FAMILIA EN PUENTE MULAS.....	42
LUZ MARÍA GONZÁLEZ, BARRIO SAN VICENTE. 67 AÑOS	44
EL CAMINO A SANTA ANA.....	44
DÍAS DE DIVERSIÓN EN PUENTE MULAS.....	44
LA LLEGADA DEL SNNA	46
EL GUARDIÁN DE LA NATURALEZA, VÍCTOR GONZÁLEZ.....	47
JUAN LUIS VENEGAS, BARRIO SAN ISIDRO. 67 AÑOS	48
LAS POZAS.....	48
LOS ACCESOS A PUENTE MULAS	50
LOS PLAYONES	50
LA CACERÍA.....	51
RECOLECCIÓN DE LEÑA	53
PESCA DE BARBUDOS.....	54

COMUNICACIÓN CON SANTA ANA	55
LA CRECIDA QUE SE LLEVÓ EL PUENTE	56
LLEGÓ EL PROYECTO DEL A Y A	56
MUCHACHAS EN PUENTE MULAS	57
EL PASEO A PUENTE MULAS.....	58
BELÉN ROMÁNTICO, BUCÓLICO	59
JOSÉ ZUMBADO, SAN ANTONIO. 63 AÑOS	61
MI TRISTE HISTORIA CON LA BOLA	61
FERMÍN BARRANTES, BARRIO SAN VICENTE. 62 AÑOS	63
EL TARZÁN	63
OMAR ROJAS, SAN ANTONIO. 62 AÑOS	64
AÑOS DE PURO ROCK.....	64
SANDRA PORRAS, BARRIO SAN VICENTE. 56 AÑOS	66
EL CAMINITO DE PURO LASTRE	66
TRAER AGUA PARA SOBREVIVIR.....	67
EL PASEO DE NOSOTROS LOS POBRES	68
ESOS TIEMPOS NO VOLVERÁN.....	70
ROSIBEL ZUMBADO, BARRIO SAN VICENTE. 54 AÑOS	71
PUENTE MULAS ANTES	71
EL REZO DONDE RAFAEL Y MARGARITA	72
LA POZA DE FILEMÓN	72
ENTRENAMIENTOS	73
BUSCAR JOCOTES.....	74
EL PASEO DE MUCHA GENTE.....	75
LOS PAJAREROS Y LAS QUEMAS	75
USOS ACTUALES	76
UNOS PROYECTOS.....	77
MARÍA DE LOS ÁNGELES SEGURA, BARRIO SAN VICENTE. 52 AÑOS	79
UNA INFANCIA DIVINA	79

ÁNGEL ZAMORA, SAN ANTONIO. 47 AÑOS	81
MARAVILLAS DEL VIRILLA	81
REFORESTAR.....	82
LAS COSAS CAMBIARON	84
MANRIQUE GONZÁLEZ, BARRIO SAN VICENTE. 46 AÑOS	86
LA MERCADERÍA	86
LLEVABAN SUS GRABADORAS.....	88
LA POZA DE FILEMÓN	89
CAMINÁBAMOS TIPO AVENTURA.....	90
ERA UN MANJAR QUE NO SE DISFRUTABA SIEMPRE	91
EN AQUEL TIEMPO PESCÁBAMOS	92
ERA TOTALMENTE LIBRE	93
RANDALL HERNÁNDEZ, SAN ANTONIO. 35 AÑOS.....	95
LA SÚPER LUNA	95
RICARDO PÉREZ, BARRIO SAN VICENTE. 30 AÑOS.....	97
ESCAPADOS EN LAS POZAS	97
ANDAR DESCUBRIENDO.....	98
CON VERLO SE VIENEN LOS RECUERDOS DE LA INFANCIA.....	99
JEFFREY MURILLO, BARRIO SAN VICENTE. 27 AÑOS.....	101
PEGARSE UN GUATAZO	101
PARRILLADAS Y ZOPILOTAS.....	102
TURISTEANDO.....	102
ORLANDO ZAMORA, SAN ANTONIO. 19 AÑOS.....	104
NO SIEMPRE ES LO ECONÓMICO.....	104
CRISTAL ARGUEDAS, SAN VICENTE. 8 AÑOS.....	106
PAPÁ NOS LLEVA A PUENTE MULAS.....	106

Introducción

Desde el Siglo XIX, la fuente escrita se posiciona como el principal recurso de información de la construcción del conocimiento histórico. La fuente oral, pese a su carácter ancestral fue dejada de lado por mucho tiempo e inclusive se llegó a desvalorizar¹.

No obstante, la fuente oral es sumamente importante porque permite encontrar ciertos datos que no se encuentran en la fuente escrita. En ese sentido, incorporar la fuente oral en la investigación histórica es una de las vías principales para llenar las “lagunas” de la fuente escrita².

Generalmente, la fuente escrita presenta una mirada segmentada donde las vivencias y visiones de mundo de las personas de los pueblos son omitidas, olvidadas. La fuente escrita históricamente se ha emanado desde “arriba”, es decir, desde espacios de élite, por lo que tienden a centrarse en los hechos y

¹ David Mariezkureena. La historia oral como método de investigación histórica. *Gerónimo de Uztariz*, no. 23-24, (2008), 227.

² Gilberto Fredereich, Ana Moser, y Martín Stabel. O uso da história oral na construção da história ambiental das comunidades do entorno do Parque Nacional Da Serra Do Itajaí em Botuverá – SC. *IV Congresso Internacional de História, Universidad Estadual de Maringá*, 2009, 4.

miradas que interesan y forman parte de quienes se encuentran dentro esos espacios³.

Por ello, acercarse a la fuente oral resulta vital para poner en la palestra la historia a quienes están fuera de esos espacios de élite, “a los de abajo”, a las personas y comunidades que no se encuentran en las cumbres de la sociedad⁴.

El presente documento pretende ser una contribución en ese sentido al plasmar en escrito una serie de relatos orales que personas de distinto género y edad del cantón de Belén tienen sobre su interacción con un espacio en particular como lo es Puente Mulas. A partir de estos relatos se puede observar cómo los belemitas se apropiaron de dicho espacio en términos materiales y simbólicos, y conformaron un territorio comunitario fundamental para su buen vivir.

Esto es algo que la fuente escrita oficial suele dejar de lado, pues Puente Mulas suele verse desde el punto de vista productivo. La oralidad es precisamente lo que nos permite acercarnos a esa

³ García, María del Carmen. Fuentes orales e historia. *Seminario Historia, Fuente y Archivo Oral, Universidad Complutense de Madrid*, 1989, 106-107.

⁴ García, María del Carmen. Fuentes orales e historia. *Seminario Historia, Fuente y Archivo Oral, Universidad Complutense de Madrid*, 1989, 108; David Mariezkureena. La historia oral como método de investigación histórica. *Gerónimo de Uztariz*, no. 23-24, (2008), 228-229.

“otra historia” de ese sitio, donde más que un tajo, una hidroeléctrica, un puente, un camino, lo que hay es recreación, subsistencia, movilidad, ejercicio, deporte y acciones comunitarias para su regeneración, protección y reapropiación.

Un lugar que es significado por los belemitas como espacio comunal, sagrado, de respeto, sostén de vida, apoyo a la subsistencia, paraíso natural, emblema histórico, vida bonita, pasado romántico y bucólico, memoria individual, juventud idílica, vivencia compartida, y alternativa de vida.

Cada generación, de acuerdo a sus circunstancias históricas, renueva esos usos y significados, pero la esencia se mantiene representada en un espacio importante a lo largo de la historia para la reproducción socio-cultural de la comunidad, que ha estado en tensión con las pretensiones que el Estado y la empresa privada han tenido sobre él.

Así, estos relatos orales permiten visibilizar tanto el valor socio-cultural que tiene Puente Mulas para la comunidad belemita, como un modo de vida comunitario que pone como centro dichos valores y que se posiciona actualmente como una alternativa ante el avance cada vez mayor del desarrollismo urbano-industrial del cantón de Belén.

Para obtener dichos relatos se hicieron entrevistas orientadas a profundizar la interacción que la comunidad belemita tuvo con Puente Mulas. Eso implicó elaborar un cuestionario de preguntas abiertas estructurado a partir de 4 categorías: descripción del sitio, usos y significados del sitio, normas comunitarias, y tensiones socio-ambientales.

Sin embargo, a la hora de aplicar el cuestionario, las preguntas y estructura del cuestionario pudieron variarse para adaptarse a las particularidades del relato de los sujetos entrevistados.

Con estas entrevistas se abarcó relatos de distintas generaciones, con el fin de determinar los cambios y continuidades de la interacción de la comunidad belemita con Puente Mulas a lo largo del último Siglo. Asimismo, se tuvo en cuenta el género y el lugar de residencia para alcanzar la mayor cantidad de voces diferentes posibles.

La localización de los entrevistados se dio a partir de la convivencia con los diferentes actores comunitarios. Como parte de las personas investigadoras forman parte de la comunidad, se pudo utilizar las redes que estos han creado a lo largo de sus vidas para tal propósito.

Debido a que el período es muy amplio y abarcó varias generaciones, la cantidad de personas a entrevistar se determinó de forma estratégica. Es decir, se enfatizó primero en las personas consideradas más relevantes según lo determinado por diferentes actores comunitarios consultados, y luego, en aquellas que pudieron relatar hechos o momentos particulares. Se dejó de hacer entrevistas cuando se llegó al “punto de saturación”, el cual fue el momento en que cada entrevista adicional no proporcionó nueva información.

Para validar y precisar la información obtenida en las entrevistas, se planteó inicialmente un grupo focal. Sin embargo, debido a la pandemia de COVID-19 se tuvo que buscar otra alternativa que no implicase contacto físico. La alternativa planteada fue un concurso donde personas de la comunidad belemita enviaron en la red social Facebook un vídeo de máximo 3 minutos donde contaron una anécdota sobre sus vivencias en Puente Mulas.

En total fueron enviados 26 vídeos donde participaron personas de distinto género, edad y lugar de residencia. Gran parte de estas anécdotas obtenidas a través del concurso más allá de ser un mero complemento de las entrevistas realizadas, constituyeron relatos valiosos que ampliaron la perspectiva sobre la interacción

de la comunidad belemita con Puente Mulas. Como tal, esos relatos, al igual que las entrevistas, son insumos sumamente importantes para acercarse a la “otra historia” de Puente Mulas.

Tanto las entrevistas como los vídeos fueron transcritos por el método propuesto por Emilia Vargas, el cual consiste en no transcribir todo lo dicho por el entrevistado, sino solamente lo que los investigadores consideren pertinente⁵. Aunque, vale decir que no todos los vídeos fueron transcritos, pues algunos de ellos enfatizaron más en las imágenes que en los relatos.

También se omitió la transcripción de las preguntas y se organizaron los párrafos en temas. La lógica de secuencia quedó conforme el estilo narrativo del entrevistado y el enfoque de las preguntas. Luego, se crearon subtítulos y secuencias apropiadas entre los párrafos⁶. De esto queda un texto de interés general como el aquí se presenta. La organización de la transcripción de las

⁵ Emilio Vargas, Problemas metodológicos de la historia ambiental. Autocrítica de una experiencia de investigación con fuentes orales en el Volcán Barva -Sacramento y Paso Llano-, Costa Rica. *Revista de Historia*, no.70, (2014), 244-245.

⁶ Emilio Vargas, Problemas metodológicos de la historia ambiental. Autocrítica de una experiencia de investigación con fuentes orales en el Volcán Barva -Sacramento y Paso Llano-, Costa Rica. *Revista de Historia*, no.70, (2014), 244.

entrevistas y los vídeos, se hizo considerando la edad del participante, y siguió un orden descendente.

Finalmente, es importante decir que diseñar un texto como el aquí se presenta tiene como objetivo primordial brindar una referencia a la comunidad belemita que pueda servir para acciones educativas, investigativas, recreativas y reivindicativas.

La lectura y estudio de los relatos orales que presenta este documento tiene potencial para re-valorar saberes históricos, reforzar procesos identitarios locales, propiciar el encuentro entre los miembros de la comunidad, sacar lecciones del pasado, ampliar el conocimiento sobre lo común, concientizar sobre problemas comunes, y re-plantear modos de vivir.

Fermín Luna, Barrio San Vicente. 93 años

Milpas y frijolares

Tenía 13 años cuando sembraba esa peña con mi papá, sembrábamos maíz, sembrábamos frijoles. Recuerdo que para recoger el maíz, lo cogíamos en tusa. Se pegaban buenas milpas ahí, buenos frijoles.

Para aporrear los frijoles papá lo que hacía era poner un peón, el maíz lo sacábamos al hombro hacia donde termina el salón comunal. Por ahí había un trillo. Entonces, por ahí salíamos nosotros, y como eso era de potrero, ahí tirábamos el maíz y los sacábamos ahí. Después pagábamos la carreta para transportarlo para la casa.

Para sembrar se raspaba con pala, tirando todo hacia el guindo. Donde quedaba cerca el río y después a macana el maíz. Los frijoles se hacían tapados, con el monte que había ahí, que se había producido. Cuando se producía el maíz, a machete se sacudía ese monte y se iban tapando, se hacían los frijoles regados.

En esa época casi la mayor parte de los frijolares eran así a machete, eran regados. Entonces uno tenía que tener un buen estilo, uno agarraba el puño de frijoles y después los iba regando que quedaran bien distribuidos. Eso era para el gasto de la casa,

porque antes era tortilla y aguadulce, y si acaso había posibilidades se compraba 25 centavos de huesos para hacer la sopa.

En esa época las propiedades de Belén estaban en manos de 5-6 terratenientes que esos eran los dueños de la tierra de Belén. Con lo pequeño que es Belén y de feria estaba en manos de 5-6 personas

Era demasiado poca la tierra que está en manos de puramente agricultores, porque todo era de los cafetaleros. Estaban los González de la Asunción, Ignacio Zamora, y por otro lado, los Chaves, que no eran tanto, eran los menores terratenientes. También estaba Memo Flores en lo que hoy es Cariari.

La chayotera de Juan Palomo

Ahí en Puente Mulas tenía la chayotera el finado Juan Palomo, Juan Vásquez. Entonces de ahí, de donde se va angostando la peña, ahí al lado izquierdo, estaba el peñón ese que cortaba el camino. Eso era un camino demasíadamente angosto, entonces ahí aprovechó ese señor para sembrar chayotes, pero por ahí corrían los chorros de agua. Los chayotes son pura agua, y él aprovecha los chorros para sembrarlos.

Yendo para Puente Mulas a la izquierda, ahí estaba ese peñón. Ahí estaba sembrado, todo eso era una chayotera inmensa. Corría casi al final por donde estaba el puente. Esa chayotera, echaba chayotes invierno y verano. Los vendía a 5 centavos cada chayote y con eso crío Juan Palomo a los hijos. Después la doña le ayudaba haciendo tamales. Chuchuco y todos esos, esos los crío Juan Palomo con chayotes de la peña.

Los famosos berros

Antes de que el SNNA entrara estaban los famosos berros, ahí se producían berros y la gente iba. Pero después ya llegó el momento en que lo prohibieron porque estaba contaminados. Los berros en una ensalada eran riquísimos.

De paseo y de novias

Ahí viajaba yo, bueno lo primero es que los paseos de vacaciones de la escuela uno iba a Pozos de Santa Ana, a Guachipelín. Ahí había una finca que tenía una entrada, tenía dos filas de mangos y entonces en esa época se producía mangos, entonces íbamos ahí a las vacaciones, yo recuerdo que el último paseo que hice yo, lo hice ahí.

Por cierto no había llegado uno a Puente Mulas, cuando ya estaba con hambre. Se comía uno el almuerillo que llevaba. Ahí

aprovechábamos nosotros para disfrutar de las vacaciones, a esa finca. Por cierto, esa finca era porque alguien de los dueños, un familiar vivía en Belén, entonces la prestaban para que fueran allá de vacaciones.

Recuerdo que una vez iba el finado Pulga Alvarado, yo no recuerdo el nombre de ese carajillo, entonces llevaba de almuerzo una torta de arroz pero lo hacían sancochado. Luego llegue yo y le dije a mi mamá: *vieras que torta de arroz más rica llevaba Pulga*. Y entonces dice mi mamá: *¿Por qué me estás diciendo eso?*

Se veía que era muy rico, estaba como hecho en torta. Entonces me dice: *muchacho, ese arroz lo hacen sancochado no tiene sal, no tiene manteca, no tiene nada, eso no sabe a nada*. Y entonces yo antojado de comer torta de arroz de la que llevaba Pulga.

Y después en los años 39, tal vez 40, viajaban aquí dos jóvenes que eran mayor que yo, tal vez 5-6 años mayor que yo. Entonces viajaban a noviar a Pozos de Santa Ana. El finado Yayo González era uno de esos que tenía novia allá, yo viajaba con ellos de pelotero nada más porque yo no tenía nada ahí. Iba el finado Yayo, iba Sayo Venegas, iba yo.

Una vez que no fui yo, contaba el finado Yayo Gonzales que cuando venían de regreso, vieron algo, un rabo que pasaba ahí, y

como había una buena luna, entonces daba un buen reflejo en la chayotera, y era un caballo.

Y entonces vino Yayo, sacó un puñal y le metió una puñalada creyendo que era un espanto y era el caballo que estaba ahí parado, comiendo hojas de chayote y movía el rabo. Eso es una anécdota. Y si viajaba gente, también yo recuerdo un viejillo que se llamaba Expedito, no recuerdo el apellido, que tenía una querida por donde ahora esta aquel condominio ese que era de los Rodríguez.

Traer varillas y sembrar tomate en Pozos

También ahí viajaba yo con mi papá a veces, porque para que las casas resistieran el peso de las tejas se necesitaba alguna regla. Entonces, mi papá decía: *hay que ir a Pozos de Santa Ana a buscar unas varas de ratoncillos*. Así se llamaba ese árbol, que producía unas varillas así gruesas en las bases de la raíz, y eran rectas y entonces por ahí cruzábamos yo y papa a traer unas varillas de esas. Mi tata traía 3-4 varillas, yo traía una. Uno iba y cortaba esas varillas y las traía para acá.

Hubo también un terreno especial para sembrar tomate, entonces, de aquí cruzaban para Pozos de Santa Ana un montón de gente, de todo el pueblo, no era solo del centro de Belén, de la Asunción, de la Ribera, pasaban a sembrar tomate, por ahí pasaban por ese Puente. Esas propiedades se alquilaban, Isaías fue uno de

los tomateros que sembraron cebolla, y sembraron tomate ahí en esa parte de Santa Ana, Pozos de Santa Ana.

Hacia los mercados

Iban hasta Alajuela, ya cuando los Zumbados pusieron esa pulpería, entonces ya ahí había de todo, entonces ya se acortó un poco la distancia, pero siempre, la compra del diario era a Alajuela. La gente de Belén, Santa Ana y de Guachipelín, todo ese lado. Puente Mulas era el único paso que había para ir a Alajuela.

Siempre pasaban carretas con dulce y pasaban vendiendo dulce, iban para Alajuela. Era tanto producto que traían que a veces dulce la gente que vivía aquí les compraba, aunque no había muchas casas en ese momento. Después cuando se transportaba el ganado, todo eso pasaba por el Puente Mulas, el ganado que venía para la matanza de Alajuela y Heredia, por ahí pasaba todo ese ganado.

Pasaban para acá para entregarlo ahí a las carnicerías, o sea lo llevaban a Alajuela ahí donde estaba la subasta. Ahí subastaban el ganado que venía para acá, para Heredia o para Alajuela. Ahí lo compraban los carniceros y después lo encerraban ahí en lo que se llamaba el rastro que era aquí en la pura esquina yendo para allá.

Después, el gobierno de Luis Alberto Monge repartió todo eso, eso era como una manzana de tierra, todo eso lo repartieron en casas de bienestar social y ahí están acurrucados toda esa gente que vive ahí.

También cuando entró el SNNA no había puente, y uno pasaba por esa tubería que va hacia Escazú, que es donde va el agua bombeada para Escazú y nos pasábamos sobre ese puente. O sea que el puente, no es puente, es la tubería esa que cruza ahí.

Aunque ya cuando el SNNA llegó ahí, ya no había Puente, ya el río se lo había llevado. Eso fue una cosa tan extraña, eso fue un aguacero que cayó en toda la parte alta de San José, y bajo una crecentada que se llevó el puente, en un mes de marzo.

El ariete y la cañería

Ya más muchos años después, que eso pudo haber sido yo tengo 45 años de vivir aquí, había una Junta de Desarrollo. Llegó el finado Manuel González que entonces era miembro municipal y dice: mira hay una partida para San Vicente, para ver si buscan una forma de darle agua a San Vicente.

Yo viví aquí casi por espacio de 10 años sin agua, con esa partida que habían dado para San Vicente, había un naciente que nacía de donde nosotros sembrábamos ahí en la peña, nacía más o

menos en la pared para ir al río. En entonces en ese naciente se montó un ariete y se trajo un tanque inmenso. Se puso cañería para todas las casillas que había ahí bajando, en dos horas se chuparon el tanque. No dio resultado. Luego, toda esa agua la recogieron, toda esta en cañería para Puente Mulas.

Yo después compré una bombilla nueva por lo menos para lavar, entonces la bombeaba ahí y llenaba un tanque del pozo ese que se había hecho. Hasta que en el gobierno de Carazo se hizo cañería, que por cierto, Mario Luna era miembro municipal, pero ahí no ganaban nada para cuando eso, y el finado Fello Zamora, hicieron la zanja ahí para montar la cañería.

Eran demasiadamente pocas las casas que había aquí, lo que existía era la pulpería esa que ahí tenían, y esto era un lote vacío. Después, de ahí para allá había una casa que era del finado Toño Porras que les decían los Sura, Toño Sura y después de este lado no había ninguna casa. En esa época, ya cuando pusieron el agua, todavía había problemas.

Cuando no existía cañería aquí, pusieron una cañería que venía de allá para acá, entonces la casa mía no tenía agua porque todas se la chupaban adelante y ya aquí no llegaba nada. Yo me la empecé a jugar con esa bombilla, con eso se lavaba la ropa, en batea con lavadora.

Eso era un balneario

En mis tiempos iban solo grupos de hombres, yo si iba, iba solo y así arriesgándome, tampoco era que me moría por ir a bañarme a una poza. Solo una vez que se me antojo eso, y casi me ahogo, pero si era un chorro de gente, eso era un balneario los fines de semana.

Primeramente se bañaba mucha gente en los chorros por la presa. Dos chorrozas de agua que caían ahí y eso era hasta bonito porque era un tipo de catarata, que no era que exagerado, que cantidad de metros. Pero si era una catarata prácticamente lo que formaba esa represa ahí. De ahí se formaba un pozerón que ahí se bañaba mucha gente, ahí se ahogó más de una persona también.

En el playón que le llamaban porque eso era de la represa esa para arriba, eso formaba un pozerón inmenso cubriendo cualquier cantidad de tierra para arriba y eso era una exageración de gente. Y después otros que se bañaban ya abajo, bajaban al cañón del rio y se paraban ahí bajo la catarata esa de la represa.

Madera no sacábamos de ahí

Madera no sacábamos de ahí. Recuerdo que donde nosotros amontonábamos los productos de maíz y frijoles había un palo que

se llama quiebra hacha, el nombre lo está diciendo, quiebra hasta un hacha. Eso fue como en el año 52-54.

En esa época también la gente compraba producto en los cafetales, mi papá compraba por ejemplo un árbol de madero negro que a los cafetaleros les estorbaba, porque estaba muy grande. Entonces los marcaban y los vendían, entonces para tener leña para todo el año.

Yo recuerdo que mi papá compró un árbol de esos, después lo empezó a escarbar y escarbar a pura hacha, se tumbaba el suelo, después se cortaba en la parte más gruesa, en tucos y después se rajaba con hacha. Una leña especial, madero negro.

Ahí se pagaba la carreta para transportarlo en la casa, después se embodegaba en la casa y se tenía la leña seca para cocinar todo el año. Y cuando ya se fue perdiendo todo eso, era las cercas de jinocuabe y madero negro, todas las cercas eran de madero negro y jinocuabe.

Entonces, la gente prefería el madero negro y no el jinocuabe porque era muy suave. Pero cocinar con jinocuabe era una sabrosera porque eso no tiene ese olor a humo, y ese olor a aceite, más bien lo absorbe sin ningún problema.

Despedazaron la naturaleza

Después ya cuando despedazaron la naturaleza, ya existía la presa, ya cuando el SNNA entró ahí, recogió todas las aguas, quedó deformado. Puente Mulas ya no existe, eso es un cuento viejo de que van a recuperarlo, para recuperarlo tendrían que botar todas esas casas de ahí de la vuelta para allá y hacer un parque, para volver a recuperar más o menos a que se parezca.

Dejaron de pescar

A mi mamá le gustaba mucho eso de cocinar barbudos y cuando eso venía la gente, salía ahí a pescar los inviernos, y sacaban una sarta de barbudos, y ya los últimos años dejaron de pescar porque rajaron un barbudo y traía un algodón. Ya había corrido tanto la contaminación de los desechos que botan del hospital, que sería, México, no del San Juan de Dios. Ahí botaban los desechos, y entonces, un barbudo se había tragado un algodón. Ya todo mundo dejó de ir a pescar ahí.

Pero eran sartas ahí habían personas que pasaban por ahí, que venían de ahí de la Quebrada Seca y del centro de Belén a pescar. Los iban metiendo como en un garabato, eran 30-40-60 barbudos, no eran pescados, eran barbudos.

Teresa Zumbado, San Antonio. 92 años

Vista de Puente Mulas

Cuando yo estaba pequeñita, ahí no habían casas, nada. Eran aquellos chorros, vieras que cosa más linda, se venían aquellos chorros. Después había una acequiecita y aquella agua fría, riquísima. Uno pasaba y se quedaba viendo aquellos chorros de agua, y había un señor que sembraba chayotes y aquellos chayotes grandes, vieras que delicia, y uno deseaba como cogerlos.

Camino a Santa Ana

Entonces nosotros teníamos que pasar para ir a Santa Ana, porque mi abuelita compraba pedazos de tela en Llobet, en la tienda y hacía pantaloncitos y camisas, y sabanas de pedacitos. Ella buscaba un nieto cada vez que iba para que la acompañara, entonces todos nos peleábamos⁷.

A veces íbamos dos, entonces había que pasar por Puente Mulas, así caminando, porque no había nada de carros, a pie, y vieras, subir una cuesta e ir usted agarrado del zacate porque no

⁷ Según el nieto de doña Teresa, Roberto Rodríguez Sánchez, ella tenía familia en Santa Ana. Los hermanos de la abuela de doña Teresa, Leonor Calderón, vivían allá.

había donde sostenerse. Y bueno ya pasábamos, después había que pasar por unos cafetales y un potrero. Ese potrero era donde unos señores tenían ganado y habían unos toros que usted viera.

Entonces, uno tenía que pasar por la cerca y esperar que el ganado se fuera, que los toros estuvieran allá lejos. Entonces había que meterse por debajo de la cerca y salir al cafetal y de ahí coger la calle. Porque ella hacía ropa para llevarla a vender. Y después a venirse igual, porque no había calle ni nada, era a pie.

También uno iba a Santa Ana, que había como unas fiestas de Santa Ana, y a misa, pero como ahí no había carretera había que meterse por los cañales para salir al frente de la Iglesia. Porque ahí no había carreteras, sólo árboles verdad.

Un puente como de hierro

El puente se hacía como una hamaca, era como de hierro, uno era feliz, pero cuando uno veía aquella profundidad le daba miedo, a pesar de que uno estaba pequeño. Uno pasaba por el Puente, pero en un campito, y pasaba al puente, que era como medio de hierro. La protección era una baranda, usted viera. Toda la gente cuando iba con los chiquillos era lo que le daba miedo pasar por un accidente, porque ahí no había protección de nada.

Ir a las pozas

Nosotros no íbamos a las pozas, yo sé que muchos aquí iban. Había una poza que era muy peligrosa, pero eran los que vivían por ahí, que se iban a nadar. Yo creo que ahí murió un muchacho. Ese muchacho dicen que se tiró y no volvió a salir porque había como remolino y jalaba y el agua iba para el río.

Casi siempre eran hombres los que iban, las mujeres nunca iban. Es que ahora se acostumbra a ver muchachas, pero nosotros no, bueno yo nunca fui, ni después que ya me hice grande. Yo tuve muchas amigas de Belén, todas casi de mi edad y nunca inventaron ir a bañarse al río, tal vez otras de por ahí puede ser que fueran ahí, pero de la parte de uno no.

Esteban Murillo, San Antonio. 88 años

Un recorrido peligroso

Voy a relatarles un poco mi experiencia con camiones con pasto, con toda clase de alimento para una lechería que tenía los hermanos Zamora González en Guachipelín. El recorrido era bastante peligroso, generalmente lo hacíamos en la tarde. Llenábamos los camiones de pasto, zacate incluso, toda clase de alimento y nos íbamos.

El peligro se comenzaba a dar desde que uno dejaba el barrio San Vicente. El descenso no era tan pronunciado, pero si era lleno de obstáculos. Había mucha agua en el camino, valga la aclaración, agua potable que no era recaudada, sino que corría por el mismo camino. Ya llegábamos a lo que se ha dado en llamar Puente Mulas.

Luego de ahí, ya venía el ascenso que continuaba siendo bien estrecho, porque para el lado izquierdo era la peña hacia arriba y por el lado derecho era la caída hacia el cauce del Virilla que era también bien pronunciado.

No había por donde esquivar nada, sino que había que ir totalmente en línea recta y llegar a ese punto de mayor dificultad, totalmente obstaculizado, porque había que cuadrarse bien. Había

que intentar girar, orillarse mucho. Había que girar a la izquierda, pero el ancho del camino no permitía la maniobrabilidad.

Había que echar después un poquito hacia atrás, porque era demasiado peligroso, pues lo que le quedaba a uno detrás del camión era lógicamente la peña. Entonces, tenía uno que estar sereno con los nervios bien estabilizados, para después tomar el impulso ya en línea recta y pasar ese obstáculo tan peligroso. Luego, nos encaminábamos.

Seguíamos hacia un camino desordenado, camino rústico totalmente hacia la finca y allá llegábamos y hacíamos el descargo de todos los alimentos que llevábamos para el ganado. Regresábamos después cuando ya se veía caer la tarde.

Llegábamos a parquear los camiones y realmente era un reto porque nadie, nadie, tenía la experiencia. Gracias a Dios nunca ocurrió nada fatal, siempre lo pudimos hacer y lo repetimos, lo repetimos en varias ocasiones.

Juan Manuel Luna, Barrio San Isidro. 84 años.

Un trillo en la orilla de la peña

Bueno, Puente Mulas era como un trillo en orilla de la peña, es una callecilla muy angosta. Uno llegaba a Puente Mulas y bajaba por unas gradas, brincaba la piedra, trepaba, y seguía, cruzaba el canal de la CNFL, y agarraba otra vez la carretera, la cual era parecida, como un trillo, para salir a Guachipelin de Escazú.

Yo ahí tenía una hermana que ahí vive todavía en Guachipelín de Escazú, anda en 96 años. Y yo lo conocí desde muy pequeño porque cuando ellos se casaron se fueron a vivir a Guachipelín de Escazú, y el único paso que había para Escazú y Santa Ana era Puente Mulas. Por ahí pasaban hasta carros, pasaban los Zamoras que tenían finca en Guachipelín.

La mayoría de gente que venía por ahí era de Pozos de Santa Ana. Cuando eso Pozos no tenía Iglesia, venían a Belén, se fue acostumbrando la gente. Y ya venían a jugar cintas a la Ribera y todo de Pozos de Santa Ana, “los Chispas” le llamaban, “los Guerrero”, toda esa gente viajaron muchos años por ese Puente Mulas.

Por ahí pasaban ganado, se comerciaban perros cuando eso, ganados y chanchos, y el ganado que iba para Villa Colón, iba para

Puriscal, para Santa Ana, Escazú, todo ese ganado ya pasaba por ese puente.

Ese era el único paso, pero ya después el río cambio todo el sistema, se llevó un pedazo de carretera, tuvieron que hacer viga. El AyA inventó pasar un tubo que lleva al agua potable a Bello Horizonte y encima del tubo le montó una viga, que ahí solo para personas o esos muchachos que pasan en moto.

Y ahora para cruzar esa calle, ya está muy bien arreglada, ya hay pavimento, la han “chaniado” mucho. Ahora si es más distinto que antes, pero es más restringido el paso, hay que tener cuidado para cruzar, por el proyecto ese del AyA tiene mucha vigilancia.

Ahí nosotros nos bañábamos

Ahí nosotros nos bañábamos en la represa de Puente Mulas. Es que esa poza era el embalse del canal, que la Compañía puso ahí mismo un embalse para llevar el agua por canal hasta la planta y ahí era donde uno se bañaba, iba a pescar, había chayoteras, viera usted que cosa más linda cuando eso.

Había una parte que nacía el agua ahí y era claritico, la llamaba uno la Laguna Azul, cuando vino la película famosa, la Laguna Azul, entonces le pusimos la Laguna Azul porque donde se baña la chiquilla esa era así parecida.

Por cosa de nosotros íbamos las barras los domingos o entre semana, nos íbamos a pescar o a tirar con flecha. En las noches a montar, trepábamos arriba, todo lo andábamos eso, a las 9-10 de la noche, veníamos saliendo del lado ese de la represa. Agarrábamos Virilla para arriba, o el Torres, vieras que tonteras hacíamos nosotros.

Y yo estaba muy pequeñillo cuando eso, yo no le tenía miedo, yo tenía un foco y ahí andaba, aunque sea estorbando pero yo iba, vieras que bonitos tiempos fueron esos y en las noches veníamos tarde y ya veníamos planeando ya ir a bañarnos a la famosa Laguna Azul. Y había uno que le llamábamos Jota, Ñanga, y ese era muy artista para tirarse de consumida, se trepaba a los palos, yo no sé cómo le hacía, era muy ágil para consumir y no tenía miedo tampoco.

Y como él lo hacía entonces uno lo hacía, de vez en cuando uno se quería medio matar entre las ramas, porque Jota inventaba como hacer los tiros más difíciles para que uno no los hiciera, pero siempre uno hacía lo propio para tratar de imitarlo para ver a Jota. Ahí si había que saber nadar, porque ahí se ahogaba mucha gente en esa represa.

Sobrevivíamos al estilo de Tarzán

Bueno, los años mozos fueron ahí, la juventud mía los años cuarenta, cincuenta, sesenta. Uno andaba de vago ahí todo el día, yo andaba cuchillo, flechas, yo no me preocupaba por nada. Nosotros ahí en los cafetales comíamos guineo, bananos, guabas, juaniquiles. Si agarrábamos un zorro lo cocinábamos, chizas también comíamos.

Nosotros sobrevivíamos al estilo de Tarzan, decíamos nosotros. Nosotros no hacíamos mucho mate para comernos unas chizas o zorros, o armados, era muy bonito, cuando uno se crío aquí.

Éramos una barra, éramos como 10, los palomos, San Pedro, Pin, eso lo revolcábamos casi todos los días. En los cafetales, llevábamos racimos de bananos a esconder, ya nosotros no nos preocupábamos por la comida, ya teníamos de todo guardado, nos metíamos a la casa, de esa de los dueños a comer naranjas, vieras que manera de naranjas y uno ahí con 5-6 naranjas, 5 bananos, caña, todo lo que se encontraba.

Después teníamos un tarro, una media lata era, donde antes venía la manteca en lata, más o menos pesaba 35 libras la lata de manteca. Uno cortaba la lata y nosotros teníamos allá cortadas y

llevábamos fósforos para cocinar gallinas que cazamos, decíamos nosotros.

Nos metíamos en los cafetales, en los redondeles, va flecha, íbamos con las gallinas allá al playón, después nos bañábamos y alguno cocinaba. Unos se estaban bañando y a mí casi todo el tiempo me tocaba la cocina. Toda la vida me gustaba esa vara. Yo cocinaba mientras otros se bañaban, para ir a comer gallinas. Bueno, nosotros hambre no pasábamos en los cafetales, por donde andábamos algo llevaba uno.

Ahí lo que más entraba uno era a pescar con las barras. Nosotros pescábamos con flecha. Antes uno ahí, usted llegaba a los playones y ahí no había olor a excremento ni nada. Pero luego, ya uno pescando le llegaba el olor a excremento, más en el playón cuando seca, porque está a la pura orilla.

El playón

Propiamente de la represa estaba como a 50 metros. Uno cruzaba a la orilla para llegar al playón que uno llamaba porque el río, la represa del río se hizo muy grande, muy alta llegaba hasta la planta y tenía una orilla de pura arena, entonces uno le decía el playón.

Ahí iba uno a comer jocotes y a bañarse en los chorros que habían, era lindo eso. Vieras lo que era meterse en un chorro de esos, pero era alto, podía tener unos 15 metros, un chorro como de unas 5 pulgadas o 6 de agua. Uno le metía la jupa, y uno salía como loco, vieras que cosa más rica era bañarse ahí.

Y era muy famoso eso, porque llegaba, los domingos, llegaban parejas de Chepe a los playones a bañarse, más por ese chorro que le digo yo. En el río no se bañaban, pero si les gustaba bañarse en ese chorro porque era de unos 15 metros de altura o 20. Era un chorro que viera usted lo que era bañarse, que cosa más rica. De tanta gente llegaba, que ya lo fueron arreglando.

Llegaba mucha pareja de Chepe, cuando eso no habían buses, pero llegaban en tren, aquí el tren llegaba en la mañana y en la tarde jalaban. Ahí duraban todo el día, venían a las 8 de la mañana, se iba a las 3, ya iban buscando Belén para agarrar el tren para San José, porque ni buses habían. Esos años fueron otro mundo para mí.

Para abajito de los playones, era una poza como decir un ojo de agua, lo que pasa es que nacía abajo, nacía de abajo el agua y se hizo como una paila grande, y aquello era pero bueno cristalina. Aquella agua, viera que lindo, uno veía los barbudos o alguna culebra que cruzaban.

El playón que uno llamaba, eso es de la empresa Pedregal, ya uno no puede entrar mucho, porque esa empresa ya tiene guardas, ganado muy fino ahí. Los que cogen pájaros se meten, pero ellos saben que los pueden tallar. Hoy en día los playones es otro mundo, viera como se ve eso desde Guachipelín, pero ya no se ven los playones, se ve eso, bueno, es que aquello está muy arreglado.

Entrabamos al playón por Puente Mulas, esa era la entrada de toda una vida. Vieras usted que cebollales se sembraban en el playón, pero eran cebollas, vieras usted que exageración. Nosotros con la “lámpara” de ir a montear, eran para traer cebollas, y después inventábamos ir a Potrerillos a montear y era para traer tomates, traer culantro y traer elote. La lámpara, usted sabe que uno jovencillo solo inventos, de todo se antoja, nosotros nos la tirábamos rico en eso.

La chayotera de Juan Palomo

Juan Palomo sembró unas matas de chayote y sembró banano, y él iba a traer bananos y chayotes. Nosotros ahí no podíamos hacer ningún mate, porque como él tenía chayoteras ahí las cuidaba. Él iba también en las noches a montear y darle vuelta también, porque aquello era algo grandísimo.

El agua nacía en la peña y el vio la idea de sembrarle matas de chayote, pero aquello era grandísimo. Podía ser como un cuarto

de manzana de pura chayoteras. Vieras usted qué manera de chayotera esa, uno entraba y salía empapado porque por todo el lado había agua, arriba, abajo, eran como yurros en toda la peña y toda estaba cubierta de chayote.

Que por cierto la esposa de él, doña Lela, le decíamos Lela Paloma, porque como era la esposa de Juan Palomo solo Lela Paloma le decíamos, traía quelites para hacer sopa, chayotes, todos los días traían media saco de chayotes para vender.

Juan vivía de eso, todo mundo iba donde Juan Palomo a comprar chayotes, y Lela breteaba en lo que eran tamales, pero viera que calidad de mujer para hacer tamales, eso fue algo que bueno, uno que los comió ya no los volverá a comer, que mujer y que mano vieras, bueno era bonito. Ya de 5 o 6 años yo iba allá a la chayotera.

Otros que sembraban en esa peña era Mincho Luna, sembraba Pin Ramírez, que puso otra chayotera más para abajo, llegando casi a San Vicente. Pero ahí del lado de San Vicente sembraba más de uno, San Pedro toda la vida sembró de todo, vieras que cebollales pegaba ahí, pegaba tomatales, no muchos, pero si tenía.

Sacar guaro de caña

Pin y San Pedro iban a sacar guaro de caña por los playones, o ahí en San Vicente. Ahí como había chorros de agua. Para enfriar la serpentina se necesita agua, yo anduve en eso también, esa vara de andar sacando guaro, con esos mismos con San Pedro y Pin.

Ahí uno hacia una presa y ponía un tubo, el estañon lo ponía en el bajo, ahí le daba fuego al estañón y la serpentina uno lo metía ahí en agua para que al enfriar el vapor del estañón es donde sale el guaro. Yo eso lo aprendí por medio de ellos, y muchos que llegaban a sacar ahí también guaro.

Y también ahí en San Vicente sacaban varios días. El que le llama uno guaro de contrabando, antes mi hermano lo sacaba pero en la casa, ese no le tenía mucho miedo a nada.

¡Que se nos iban a arrimar!

Cuando eso las mujeres, ¡qué se nos iban a arrimar a nosotros! con la pega que éramos. Nosotros éramos vagos, nosotros era desde buena mañana. Una chiquilla cuando eso el tata la veía con uno le volaba. Bueno, se sacaba una cueteada de los diablos, como no eran delicados los viejos.

No es como ahora que usted ve una chiquilla que anda a cualquier hora, cuando eso Dios guarde una chiquilla la vieran con

uno. Menos a las siete de la noche u ocho que era cuando uno se iba para la casa porque también lo tenían tallado, tenía que estar antes de las ocho. En veces uno llegaba a pegar mentiras, por ir al cine o por ir a algún lado.

Ahora después si, que iba yo a los playones, pero no a bañarme, ya no se bañaba uno en la poza arriba, sino en el bajo de Puente Mulas, ahí se bañaba uno, ahí si ve uno barras de aquí que iban muchachillas.

Eliseo Zumbado, San Antonio. 80 años

La creciente de agua del 68

Trabajé en el proyecto Puente Mulas del SNNA. El trabajo mío era peón, ayudante de barretero, trabajando con barras, pico, pala y con barreno. Era para barrenar, para meter candelas, para romper cerros, rocas. Para ir abriendo campo para llegar abajo, a los manantiales. Yo me ganaba 210 pesos por quincena. Comía uno bien. En ese tiempo había una cuadrilla de 25-30 personas, trabajadores.

Tuve la experiencia de ver la creciente de agua, lo que pasó en Puente Mulas, una creciente que nunca he visto. Eso parecía el mar, venían palos, piedras, se llevó los tubos, compresores, materiales y se llevó el puente. Más o menos como unos 100 metros de ancho de agua de esa creciente que pasó en Puente Mulas.

Eso fue año 68, a las 2:30 de la tarde. Nosotros estábamos trabajando. Oímos la bulla y el ruido de la madera que venía. Entonces salimos en carrera porque si no perdemos la vida. Nosotros más o menos salimos en 5 minutos.

René Ramírez Delgado, San Antonio. 75 años

Sayo Leona y los perros.

Una vez recuerdo que me invito Sayo Leona, el famoso Sayito Leona a Puente Mulas. Que a cazar unos mapachines, que le contaron que andaban ahí en los playones. Ya me fui con él y llevaba dos perras. Una perra que le había prestado Juan Palomo y el perro de él que se llamaba Rubí. La perra se llamaba la Canaria.

- René, es famosa la Canaria. Una perra famosa. Y el Rubí no se le queda atrás, decía Sayo.

Ya de camino, ahí por San Vicente, ya él iba contando los huevos sin nacer.

- René, si los agarramos los pelamos en los chorros de una vez ahí, para no llevar atollijos a la casa. Ahí los pelamos y nos traemos la carnita para la casa. Ahí la arreglamos a su gusto.

Esa era la conversación que llevábamos para allá. Ya llegamos a Puente Mulas, cruzamos a los playones.

- Soltá a esos perros que vienen con ganas de que los suelten, dijo Sayo.

Bueno, llegamos un zacatal que me llegaba al pecho, y ya los soltamos. Y suena la perra, un puro alarido.

- Ya levantaron, dice Sayito. Ya levantaron huella. El bicho estaba cerca. Démosle tiempo.

Y nos sentamos ahí, a darle tiempo. Al rato, como a los 20 minutos se escuchan unos quejidos ahí adentro de los perros.

- Sayo, que raro allá se mueve el zacate y no está haciendo viento. Viera como se mueve. Ahí debe andar un bicho ahí. O los perros o los bichos.
- Ándate vos por ahí, alumbrando con la candiladora tuya y yo me voy por este lado, me respondió Sayo.

Y me voy, ya me voy yo por trillo, alumbrando, cuando encandilé el perro de Sayo. Y yo veía el perro de Sayo con las patas para arriba. Y ya me acerqué. La sorpresa fue que estaban pegados.

- Sayo venga vea que figura.
- ¿Qué jue? ¿Ya lo tiene encaramado?, respondió.
- No a la perra es a la que tienen encaramada, venga vea.

Y se viene Sayo

- Ahí la Santísima Trinidad. René, búscame una varilla de café.

— ¿A dónde voy a coger varillas de café yo aquí?

Le arranque una rama de madero negro, ¡y los agarra a garrote!

— ¡Tomen hijueputas!, decía Sayo. A eso no los traje.

Y sale la perra por un lado, se soltaron. Y el perro por otro, y venía que se lo llevaba el diablo.

— ¡Vámonos René!, ¡vámonos!, decía.

— Sayo, ¿qué le vas a decir a Juan Palomo de la perra?

— ¡Qué se pierda esa hijueputa!

De camino nos alcanzó el perro, ahí por San Vicente.

—Sayo, ahí viene el perro.

—Todavía te falta más hijueputa, decía Sayo. Espere cuando lleguemos a la casa.

—Sayo, ¿y la perra?

—Esa llega sola, está acostumbrada a andar por estos lados con Juan.

Y de verás, otro día en la mañana estaba yo sentando con papá en el corredor, cuando bajo la perra con tres novios para Escobal.

-Papá, vea donde va la perra de Juan Palomo con dos novios para abajo.

Y al ratico subió Sayo.

-Sayo no te topaste a la perra, le digo. Ahí iba para abajo con tres novios

-Por dicha no me tope a esa hijueputa porque si no mato a los cuatro, dijo Sayo.

Carlos Garro, La Asunción. 71 años

Un paseo a Puente Mulas.

En mis tiempos de juventud andábamos mis amigos y yo desde La Asunción por toda la peña del río Virilla. Era una aventura llena de emociones. Llegábamos a los playones, que en esos tiempos eran tan populares como el balneario de Ojo de Agua. Gente de todas las edades disfrutaban de las aguas aún cristalinas del Virilla en un día de campo y diversión.

De ahí seguíamos. Era toda una aventura pasar pegaditos a las rocas, para llegar al Puente de Mulas. En esos tiempos el agua caía en chorros, o cataratas desde lo alto de la peña. Nos bañábamos en una poza de aguas cristalinas y puras, luego ya, más frescos, cruzábamos el puente para ir un rato a la planta hidroeléctrica.

Ese puente de arco, emblema Belemita, construido con bloques de piedra, parece eterno, era parte del camino de las mulas. Pero bueno, los recuerdos más bellos que me traen a mi mente de ese paseo eran los paisajes y poder admirar la cantidad de aves de todas las especies, que iba uno descubriendo en la represa. Y unido a ese placer, un placer, aún más grande, los diferentes cantos de las aves, que se mezclaban con dulces sonidos de los insectos.

Tal vez chicharritas de peña y grillos y con toda esta algarabía, el sonido inigualable del agua, que caía a raudales desde lo más alto de la peña, mezclándose también después con el de la represa. Luego de disfrutar de esa armonía placentera, salíamos por la calle a San Vicente, y regresar a nuestros hogares en un paseo de domingo inolvidable.

Oscar Álvarez, Barrio San Isidro. 71 años

Aprovechamiento de Puente Mulas

Puente Mulas como todos sabemos era un lugar de tránsito de la gente de aquí de Belén para ir a lugares vecinos como era Escazú, Santa Ana, Ciudad Colón y otros lugares. Dentro de lo que era el recorrido de Puente Mulas, se podía notar que dentro de lo que era lo que llamaban la peña había unas chayoterías.

Esas chayoterías eran de un señor que se llamaba Juan Palomo. Este Juan Palomo, tenía ahí unas chayoterías, de todo tipo de chayotes y todo el Barrio San Isidro y parte de San Antonio de Belén podían llevar chayotes.

Nosotros aprovechábamos eso también para pescar, había muchos barbudos y también cogíamos orquídeas en la ruta ahí para Santa Ana. Utilizábamos esa ruta para ir a Santa Ana, cuando éramos jóvenes, para ir hasta Santa Ana y también para bañarnos en ese lugar que se llamaba la Mercadería.

Prácticas de atletismo

Este lugar era muy interesante porque mi gran amigo Rafael Ángel Pérez lo utilizaba como una especie de ruta para los entrenamientos. Los entrenamientos que realizaba Rafael Ángel Pérez eran de una topografía un poco variada y Puente Mulas era

un excelente lugar para pasar por ahí haciendo trabajos realmente fuertes. Nosotros que éramos muchachos en esa época, pues lo acompañábamos.

Todavía hoy yo paso por Puente Mulas, voy entrenando con los muchachos y bajo también con algunos compañeros, porque es un lugar como decía hace algún rato muy quebrado, y se presta mucho para el trabajo de fuerza anaeróbica que se trata de mejorarlo con cuesta, y ahí existen muchas cuestas en el lado de Puente Mulas.

Una página triste

Tal vez la historia más relevante que tiene Puente Mulas, es decir, que ahí falleció un amigo de nosotros que se llamaba Francisco Gonzales Vásquez conocido como Guito. Este muchacho Guito, era muy aficionado al Club Sport Herediano, como nosotros también, y vieras que ese domingo, pues decidimos unos ir a ver al Herediano y otros ir a bañarnos a un lugar que estaba aledaño ahí, que se llamaban los playones.

Lamentablemente ahí existían unas correntadas a las cuales les llaman tragaderos y lamentablemente perdió la vida ahí, y se ahogó. Nosotros en la tarde de ese domingo de 1971 tratamos de ir a buscar para sacar el cuerpo de Guito pero fue imposible. A los ocho días, apareció aquí en un lugar que le llaman el Pirata y

nosotros lo sacamos con miembros de la Cruz Roja. Esa es una página triste de lo que es Puente Mulas, porque en la tarde bajo el cuerpo a la catarata y paso por el Puente de Mulas.

María Fernández Arguedas, Barrio San Vicente. 69 años

Llevarle el almuerzo a papá

En los años 60, mi papá tenía poco de trabajar en Fuerza y Luz, y vivíamos en Pozos de Santa Ana, y mi papá tenía que viajar desde Pozos hasta Electriona o la Térmica. Y nosotras tres teníamos que dejarle almuerzo desde Pozos hasta Electriona, y teníamos que pasar todo ese trayecto. Y para pasar antes de Puente Mulas había un árbol de Guapinol.

Nosotros nos sentábamos ahí a comer y después nos veníamos y antes de pasar el puente estaba el puesto de uno de los trabajadores de Fuerza y Luz. Este tenía que estar dando datos de como bajaba el agua hacia la catarata cada 1 minutos. Nosotros nos metíamos para descansar un rato.

Luego teníamos que subir una chayotera y pasábamos por un camino de menos de medio metro, que si resbalábamos, íbamos al río. Me acuerdo también que a veces nos topábamos a uno de los agüeros que les daban agua a los trabajadores. Y nosotros nos veníamos llorando de miedo en ese entonces. El señor Queca era el administrador de la finca Rohrmoser y nos decía: *¡no lloren, no lloren! ¡Yo tengo hijas también como ustedes!*

Recuerdo también que en los playones sacaban arena y trabajaba don Felo Segura con un cargador. Y a veces había unos barriales que nos teníamos que subir en la pala para pasarnos. Y también antes de llegar a la Electriona teníamos que pasar un puente de hamaca y luego subir como 150 gradas para llegar ahí. Después nos devolvíamos de nuevo hacía Pozos y eso era casi de todos los días.

Rodrigo Zamora, San Antonio. 68 años

Cacería de patos

En 1971 se formó una empresa que se dedicaba a limpiar jardines en la casa de los habitantes de San Antonio de Belén. Era dos socios y tenían dos empleados, los empleados eran sus socios. Yo pasaba la máquina y él pasaba el machete haciendo los recortes. Él era una persona sencilla, humilde, trabajadora, honesta que luchaba contra la pobreza para sacar a su familia adelante. Su nombre era Ramón Porras.

Una tarde me dijo: *Rodrigo, vamos a cazar patos. ¡Patos! ¿A dónde? En Puente Mulas. ¡Vamos Moncho! ¡Vamos!.* No trabajemos el sábado y nos dirigimos allá. Invite a mí amigo Edgar Álvarez a que nos acompañara, y el sábado en la mañana estábamos en San Vicente y empezamos a bajar aquella estrecha calle que daba hacia Puente Mulas.

El canto de los grillos, el sonido de las chicharras, el canto de los pájaros, la sensación de humedad que surcaba del fondo del río Virilla. Aquellos árboles inclinados como haciendo reverencia al río y aquellos torrentes de agua que brotaban de las laderas que formaban el acueducto o el naciente de Puente Mulas.

Debajo del arco de aquel Puente Mulas había una poza que se llamaba la Mercadería en la cual en el verano íbamos a refrescarnos muchos de los jóvenes de San Antonio de Belén. Observaba el arco y pensaba en aquellos agricultores y comerciantes que transportaban desde el Valle Central hasta el Valle de Santa Ana sus productos.

Estaba en ese pensamiento cuando Moncho dijo: *aligeren el paso muchachos, se nos pueden ir los patos*. Empezamos a caminar más rápido y nos acercábamos a los playones. Allí vimos a lo lejos los patos y cerca de la poza a donde estaban los patos había un árbol caído. Moncho nos dijo: *Vamos de rastras a aquel árbol, ustedes han visto los soldados en la guerra*. Y empezamos a caminar de rastras hacia el árbol, llegamos al árbol.

Moncho nos dio un periódico y nos dijo: *rómpanme el periódico*. Nos acostamos detrás del árbol yo a la izquierda, Edgar a la derecha y Moncho al centro. Le metió pólvora al rifle, le metió periódico y le metió periódico, y le metió balines. Y apretó bien aquella arma. Yo volví a ver los patos y pensé en el final de aquellos animales. *Alisten sus bolsas que van a llevar carne a sus casas*, dijo Moncho.

¡Silencio!, apuntó y disparó. Se levantó una nube de periódicos sobre el río Virilla, un olor a humo y a pólvora surcaba el

horizonte. Yo volví a ver a Edgar. Edgar me volvió a ver a mí y no vimos a Moncho. Volví a ver hacia atrás, y Moncho estaba a dos metros de nosotros. El cimbre del rifle lo había mandado hacia atrás, me fui a auxiliarlo, lo vi tembloroso y pálido. *¡Moncho! ¿Cómo se siente?* Bien, bien, Rodrigo. Moncho y los patos: *Vuelan hacia el Canadá, muchacho.*

Margarita Retana, Barrio San Vicente. 67 años

Viviendo con mi familia en Puente Mulas.

Yo me fui a vivir a Puente Mulas desde los años 1977 hasta 1988. Ahí vivimos 11 años. En ese tiempo éramos mi esposo y mis 4 hijos. Mis hijos estudiaron en la Escuela España. Ellos tenían que viajar caminando porque mi esposo trabajaba. Pero cuando él tenía chance los llevaba a la escuela.

Él tenía una motocicleta. Esa motocicleta tenía que cruzarla por el puente, que en ese tiempo tenía una baranda muy bajita. Y él la cruzaba porque nosotros vivíamos al otro lado en una casa de madera que era de la Compañía Nacional de Fuerza y Luz.

Él era empleado de esa empresa, y el trabajo 36 años. Trabajo desde el año 1976 hasta el 2012 que se jubiló. El trabajo de mi esposo era limpiar parrillas y vigilar que el agua del canal no se regara. Esa agua es la que va hacia la planta Belén que es donde genera electricidad.

Viviendo ahí nacieron mis dos hijas, una nació en el año 1982 y otra en el año 1984. Ahí se criaron mis hijos. Vivimos muy felices ahí. Era un lugar muy lindo. La verdad es que fue una experiencia muy bonita porque había muchísima naturaleza y el río. El ambiente era muy tranquilo, muy fresco.

El problema era que también era un poquito peligroso para criar hijos ahí, porque en realidad yo tuve varios sustos con mis hijos. Una de mis chiquitas casi se cae a la parrilla. Gracias a Dios no le pasó nada. Uno de mis hijos también, se me fue ahí por la calle para arriba y nosotros asustados, porque en realidad estaban pequeños.

La experiencia fue muy linda. A mí me gustó mucho vivir allá. Ahí se criaron ellos, y ahí fue cuando nosotros nos vinimos para San Vicente que ahí fue donde nacieron mis otros dos hijos.

Luz María González, Barrio San Vicente. 67 años

El camino a Santa Ana.

Yo viví mucho, porque yo llegué aquí pequeña. Como de unos doce años y me acuerdo muy bien que esa calle era como de lastre, tierra lastre, y pasaban esas partidas de ganado, porque iban al otro lado, iban y venían al matadero. Nosotros salíamos corriendo. Yo al menos le tengo mucho miedo al ganado.

Uno pasaba por el Puente y le daba mucho miedo, porque el puente se movía, entonces a uno le daba mucho miedo. Viajábamos con mi papá a Santa Ana, porque allá teníamos un primo, unos tíos. Muy bonito, íbamos contentos por ahí, y Papá nos llevaba por el canal. En ese tiempo no era muy peligroso, pasábamos por orilla del canal.

Mi papá, mis hermanos, íbamos a pasear a Santa Ana y era como un paseo campesino. Porque no eran los caminos como ahora. Eran caminos de tierra, como trillos, pero era muy bonito, disfrutábamos mucho.

Días de diversión en Puente Mulas.

Jugamos ahí, y los hombres se tiraban con un estañón. Aquí no había mucho peligro, porque no había tanto carro ni nada de eso. En mi tiempo, ya después nos íbamos a Puente Mulas, donde

estaban los chorros, la gente se bañaba. Uno pasaba ahí tranquilo, no teníamos peligro de nada, no como ahora que no se puede salir afuera a ciertas horas y viera que bonito.

La gente bajaba por esas piedras de los chorros y vieras que llevaban cosas que comer. Naranjas, frutitas, ahí se comía algo. Por aquí siempre ha bajado mucha gente, en tiempos de Semana Santa, en tiempos de Navidad, viene mucha gente de Pavas, del Escobal, de muchos lugares, uno ve pasar gente. Incluso en Semana Santa, uno ve pasar a la gente hasta con peroles, creo que unos hacían comida y sopa. Unos tomaban, otros toman.

Otros se bañan, incluso ahí ha habido un ahogado, dos ahogados. Ahí estaban como dos o tres horas. En invierno iban en la mañana, pero ya cuando llovía la gente venía para arriba, porque le daba miedo, porque el río Virilla se crecía mucho en invierno. A veces decía mi papá: *vamos a Puente Mulas a dar una vuelta* y nos llevaban a tomarnos un fresquito, mis hermanas y yo. Solo que a mi mamá le daba miedo, porque como ahí estaban los ríos.

A bueno, estaban los playones, a lo cual íbamos a coger café, a juntar café, a pasar por los playones. Unas aguas limpiéciticas, de lo más bonitas, y ya ahora es diferente. Aquella catarata que baja y todo eso y aquella agua, un sereno riquísimo y uno chiquillo era

feliz. Nunca se me olvida un 19 de marzo bajamos a la peña donde estaba la poza de Filemón, una poza muy linda, todo muy lindo.

Puente Mulas es un lugar muy bello, muy lindo, muy natural, todavía es natural. Yo es que casi no bajo. Pero todavía es muy natural y uno siente como una paz interior. Estar ahí es tan bonito, aquella frescura, aquel cernido que tira esa catarata que baja y los chorros. Ya no hay muchos chorros, pero antes si habían unas aguas clariticas. Pero muy bonito, siente uno mucha paz y es estar un paraíso, otra cara de la moneda, Puente Mulas.

La llegada del SNNA

Ya después entró el SNAA. Entonces, ya el SNAA se apoderó de las cosas. Ahora hicieron todo muy bonito, siempre se puede ir, ahí a Puente Mulas y todo. Pero viera que muy bonito, nosotros vivimos una infancia muy linda en este barrio y todavía la vivimos, muy bonito, solo que ahora es diferente. Cuando faltaba el agua, la gente jalaba el agua de los chorros, eran unos chorros riquísimos, un agua limpiecítica, la cual ahora ya no hay mucho, porque ¡día!, esa agua la cogieron para otras partes, verdad. Para darle agua a otras, como decir San José y otras partes.

El guardián de la naturaleza, Víctor González.

Una vez a mi papá se le ocurrió decir, dice Papá, voy a sembrar unos palitos, le encantaba sembrar arbolitos. A él toda la vida le gusto la naturaleza, los arbolitos. No le pegaban seguro o los chiquillos los arrancaban: de cedro, caoba, mango, madero. Él toda la vida fue amante de la naturaleza. Siempre impulsó el tener árboles, y árboles frutales. Y que se cuide la naturaleza.

Juan Luis Venegas, Barrio San Isidro. 67 años

Las pozas

Para mí fue una intriga, siempre escuche hablar del Pirata. ¿Qué era? De la Mercadería ¿Qué era? Me di cuenta que eran pozas que habían en el Virilla. Entonces, yo quería llegar, quería conocerlas, pero ¿Cómo? ¿Con quién? ¿Cuándo? Hasta que en una oportunidad nos escapamos de la escuela mi amigo Carlos Humberto Rodríguez y yo llegamos al Pirata.

Y de verdad que fue algo muy romántico, fue una experiencia bellísima, la poza que se extendía de este a oeste, azul, un azul profundo. Se le miraba la arena al fondo y los árboles. Luego, paredes de roca como acantilados.

Y entonces conocí el pico, teníamos esa referencia, el famoso pico. Era como un trampolín, la parte más alta, y hacían saltos, la gente se tiraba, tal vez unos 4 metros-5 metros de alto. Esa fue nuestra experiencia, y nos bañamos, ya Carlos y yo sabíamos nadar. Para mí fue algo maravilloso, como una experiencia mística. Y sí, fue la primera vez que conocí el Virilla.

El pico está en el Pirata. La Mercadería es otra poza. La Mercadería es la caída de agua bajo el puente, es un surtidor. Aquel tiempo en que no existían Acueductos y Alcantarillados, que los

surtidores estaban vírgenes, desde los acantilados caían al río, caían al cauce. La Mercadería era esa poza, que está bajo el puente, bajo el arco. Y también tiene paredones de piedra que servían para hacer zambullidas en la poza.

El Pirata quedaba, kilómetro y medio más o menos de Puente Mulas hacia el oeste, sobre el río Virilla. En ese tiempo para entrar al Pirata entrábamos por la finca de Carlos Salas, era el dueño. El Pirata quedaba en propiedad de él, de Carlos Salas. Eran cafetales, frutales, aprovechábamos para comer naranjas y guayabas. Y caña, era un vacilón para nosotros. Eso desde ya era tradición en la gente de Belén, de la gente de San Isidro

Y luego mi vida realmente transcurrió con anécdotas, con experiencias del Pirata. Muchos años trabajando en San José, haciendo un momento de descanso, porque me sentía embotado, saturado por mi trabajo, me recosté en mi cuarto, y cerré los ojos, y fluyó en mi la poza del Pirata, otra vez el azul, y fue como una catarsis, fue como una medicina en la cabeza, recordar aquellas vivencias.

También existía otra poza famosa, más al oeste, que se llamaba el Camastro. Luego entre el Pirata y la Mercadería, existía otra poza que se llamaba la Vicente. Haciendo referencia a barrio San Vicente. A esa poza también le decían la Filemón.

Filemón Díaz, era un señor que en ese tiempo sembraba la peña para llegar a la Vicente. Había que cruzar esa parte de peña, muy parada de verdad, para llegar a la poza la Vicente. Era propiedad de Filemon, ahí Filemón sembraba maíz, frijoles, matas de chayote, tacacos. Había una fruta como granadilla, que llamábamos estococas era riquísimas

Los accesos a Puente Mulas

Tenía tres accesos, San Vicente al oeste, luego al este por la finca que es actualmente de Macho Zamora, en aquellos años se decía que esa finca era de Chango Solera. Luego, más antes parece que esa Hacienda había sido de unos señores Montealegre de San José, cafetaleros famosos de Costa Rica

Parecía una trocha comunal, y al menos era de libre acceso, cualquier persona podía transitar. Entrando por el portón principal de la finca, y a los lados cafetales y potreros, y luego había un momento en que se cruzaba la línea férrea, y ya por pasar a la línea férrea estábamos en lo que llamábamos los playones, los playones del Virilla en Belén.

Los playones

Realmente eran unos playones, el río formaba como una vega, se abría, habían terrenos muy fértiles, que el agua besaba la

tierra, los campesinos llamaban a esos terrenos socolas. En invierno quedaban inundadas partes del limo, tierra muy abonada, entonces se producía de todo, naranja, toda clase de frutas, el campesino sembraba yuca, plátano, bananos, cafetos, frijoles, frijoles veraneros, frijoles blancos.

Y también era como un corredor en la flora y la fauna, los animales. Nosotros sabíamos que entrar a una socola podíamos cazar armadillos, tepezcuintle, mapachines. Si era de día codornices, palomas moradas. Según la temporada patillos canadienses, patillos de aguja, patillos de pelo, martin peña.

La cacería

Mi padre era cazador y yo era su lazarillo, su compañero fiel, también cazador. Y salíamos a caza con arma, 44 de munición, patos, codornices, etc. Generalmente era caza menor, ahí no podíamos decir de casa mayor. Caza mayor es venado, danta, saíno, tigre, que sé yo. Caza menor son palomas y animales más pequeños como la liebre, el armadillo, como el mapachín, el tepezcuintle. Eso es caza menor.

Los fines de la caza eran la carne, lo comestible, la alimentación. En mi caso personal éramos una familia pobre y realmente esas presas venían a surtir la cocina. Mi madre hacía unas sopas riquísimas cuando cazábamos codornices, tal vez

llevábamos 20-25 codornices, era un platillo exquisito. Mamá hacía una sopa para toda la familia, éramos una familia numerosa.

Y también, mi padre y luego yo, adquirimos esa sensibilidad de cazador. Teníamos que cazar una mañana o una noche para divertirnos, para sentirnos realizados. La caminata, la carrera, el escuchar los perros, la brisa, el follaje, los pájaros, sus cantos, las ardillas, que a veces una serpiente se le atravesaba a uno, el trillo, que un gusano le ortigaba la mano.

Todas esas experiencias, entonces ya no solamente era para carne, sino un hobbie, un deporte. Al final de nuestros días ya no llevábamos armas, llevábamos cámaras. En Costa Rica fue prohibida la caza. Nosotros teníamos carnet, las armas estaban inscritas, teníamos licencia, teníamos los permisos de cazador.

Pero llegó un momento en que se prohibió. Hoy en día, en Costa Rica la cacería no existe como deporte, lo que se da dolorosamente es el cazador furtivo que se convierte en un depredador.

Cazábamos en los cafetos, con partes de zacate, zonas libres de vegetación. Entonces, la carrera del conejo es fascinante. Y entonces, habían sitios, ese era un sitio (la finca de Chango Solera). Si queríamos disfrutar de una carrera de un tepezcuintle, era las peñas. El tepescuincle no sale de día, de día está en su madriguera.

Es de noche que sale y no se retira de ahí del río, porque si se siente visto o agredido, o buscado, el inmediatamente se sumerge en el río, corre, vive cerca donde hay agua.

Recolección de leña

En tiempos de verano algunas familias aprovechaban para recolectar leña en el cauce del Virilla, en Puente Mulas, en los playones. El invierno dejaba muchos árboles, ya en verano estaban secos. Nosotros los recogíamos en invierno, inclusive, y hacíamos esquivas de leña, para en verano ir a recoger esa leña.

Luego, mi padre conocía todas las variedades de hierbas, árboles y arbustos que se daban a orillas del Virilla. Si encontraba un árbol de limoncillo les cortaba una rama, el limoncillo famoso como para hacer tajonas, una madera durísima y que no picaba. Así, a la par del limoncillo existía el cipresillo, eran variedades silvestres que se daban en los márgenes del río.

Una madera decorativa, exótica, para qué sé yo. Era muy frecuente el barzón, lo que llamábamos tajona, el barzón, pero también se podían hacer manualidades, figuras, llaveros, adornos.

Pesca de barbudos

Siempre desde mi infancia escuché primero, y luego viví el ir a pescar a Puente Mulas. Los famosos barbudos, en aquellos años. Eran aguas cristalinas realmente. Aprovechábamos la época de verano, que las compuertas de la represa se mantenían cerradas y entonces el canal discurría paralelo con el río, pero no se mezclaban las aguas. El Río Virilla, de Puente Mulas, hacia el oeste, eran nacientes cristalinas, realmente.

No sé si fue un rumor, posiblemente en el año 63 y ya luego en los años 70, la construcción del Hospital de Niños, la construcción del Hospital México, se decía que había mucho desecho del Hospital México que lo recibían esos ríos. Entonces sentíamos que las aguas ya no eran igual de puras como antes de esos proyectos. Pero a mí me llegó por el correo de las brujas, o sea un murmullo, no sé si es cierto, realmente.

Entonces, dejamos de pescar, ya temíamos realmente a la contaminación, entonces no volvimos a pescar. Antes de eso en los años 60 era frecuente ver los grupos de muchachos y señoras que íbamos a pescar al Virilla. Y cuando se dio ese rumor de la contaminación, dejamos la pesca, y de meterse en las pozas.

Comunicación con Santa Ana

En mi tiempo, en los años 60 del Siglo pasado, Puente Mulas comunicaba a Santa Ana con Belén. Cerca de Puente Mulas, del arco en sí, estaba San Vicente, un barrio de Belén. Y del otro lado hacia el sur, había un pueblito que llamábamos Honduras por su topografía. Honduras que pertenecía a Pozos de Santa Ana.

Pozos es un distrito de Santa Ana y yo recuerdo en mi infancia y en mi adolescencia ver grupos de señores y señoras que se trasladaba de Pozos a Belén, fines de semana, digamos un sábado en la mañana, posiblemente a comprar sus diarios, a comprar sus alimentos, igual nosotros en Belén, para las fiestas de Santa Ana, las fiestas patronales, para ir a los famosos lagos de Lindora, para ir a Pozos.

Pozos era un pueblo muy lindo, muy campestre, sus terrenos, sus cultivos, sus árboles, simplemente caminar por las calles de Pozos era bellísimo. Calles lastreadas, polvazales en verano, de barriales en invierno, había que sortear esos baches agarrados de los alambres a orilla de los caminos.

La crecida que se llevó el Puente

En los años 60 hubo una cabeza de agua enorme que se llevó el Puente, que se llevó la cañería, que se llevó las bodegas, que se llevó los materiales, fue un invierno muy fuerte.

De verdad, fue una crecida del Virilla. Tal vez un kilómetro atrás se junta el Virilla con el río Torres, donde está La Térmica, la planta eléctrica conocida como la planta Electriona. Del puente apenas quedo el arco, el puente en sí, sobre el arco desapareció y hubo construir algo provisional para continuar el proyecto de Puente Mulas y todavía no se ha reparado. Hoy en día lo que hay es un pasaje de hierro, una estructura de hierro que un carro todavía no pasa.

Llegó el proyecto del A y A

En los años 60 llegó el proyecto de Acueductos y Alcantarillados para un acueducto, y entonces se empezó a construir lo que hoy conocemos como la estación de Puente Mulas. Este proyecto tomó las diferentes nacientes para llevarlas a un solo sitio. Formar como un tanque de captación de aguas, para esas aguas llevarlas a San José.

Antes de ese proyecto, las nacientes estaban dispersas, diseminados a lo largo y ancho del río, por el costado norte. Eran

cataratas, salpicaban el camino, y podíamos caminar un kilómetro, kilómetro y medio, observando esas caídas de agua. Eran balnearios naturales para la gente de Belén.

Este proyecto, para mí personalmente, y pienso que para mis contemporáneos, generó una tristeza. En alguna medida afectó bastante la flora, la fauna, la riqueza, el paisaje, lo natural, entonces ya ese proyecto se convirtió en algo, como le dijera, con mucha maquinaria, ya los túneles, la extracción de agua.

Los que conocimos Puente Mulas de los años 60 para atrás sabemos que era otra cosa. Como le repito, para nosotros una tristeza. Pienso que fue un gran proyecto para la población de San José, más que todo para los barrios del Sur, tal vez ahí recibieron agua unas 500 mil personas del casco de San José

Muchachas en Puente Mulas

Eran excepciones, muy rara vez, para nosotros, una comunidad machista en esa época, era una excepción y una alegría. Si una muchacha llegaban a esas pozas, y si llegaban, y yo tengo nombres y apellidos de esas muchachas que en ese tiempo eran vistas como temerarias. Sin embargo, compartían con nosotros, se daba solidaridad y un gran respeto

Aún el balneario Ojo de Agua tan cerca de nosotros, todo un centro turístico, con todas las comodidades que había casi no iba las muchachas de Belén, contadas con la mano las que iban. Estamos hablando de los años sesenta. Sin embargo, los fines de semana era frecuente esas procesiones que bajaban del tren aquí en la estación y cruzaban Belén, transversalmente, de sur a norte, para llegar al balneario, y sabíamos que todos esos eran josefinos. Ahí si venían grupos grandes de muchachas, de señoras, de niños y niñas.

El paseo a Puente Mulas

Pienso que en Puente Mulas el paseo es diferente, es un sentimiento, eso es como epidermis, si tú vas al balneario lo disfrutas, pero simplemente si dejas el balneario y te vas con el cauce del Ojo de Agua, que es un riachuelo vas a ver la diferencia, totalmente. Es un paseo más vital, mejor contacto con la naturaleza, con los árboles, con las aves, con el río en sí.

Era una excursión, era un paseo, era un día de campo. Entonces las familias extendían manteles, había sándwiches, había bocadillos, a veces a la orilla del río. Se hacían fogatas, se hacían parrillas, se asaba salchichón, se asaban carnes. Grupos de señores con barajas, se jugaba naipes, se apostaba, se jugaba ron, coca, los juegos de naipes.

En los playones se hacían las mejengas de futbol. A veces la bola iba a dar al río, y había que sumergirse y correr, porque si no se perdía. Luego en tiempos de cosechas de jocotes había que ir a apear jocotes, había que ir a traer jocotes, había que ir a traer naranjas, mangos. Los fines de semana era un paseo con todas las de ley.

Todo mundo en vestido de baño, y los grupos eran heterogéneos y grandes, y pernoctábamos todo el día, yo una vez llegue a salir al caer la tarde ya, oscuro el río. También ver las bandadas de garzas buscando el nido, ya casi de noche, y llegábamos temprano, 8-8:30 de la mañana y durante el día iba llegando más gente.

Ya siendo yo un adulto me iba en las tarde con mi hermano Fernando que era fotógrafo profesional y me gustaba ir en las tardes a tomarle fotos a aves, a bandadas de garzas, de martín peña.

Belén romántico, bucólico

Para nosotros Puente Mulas es el Belén romántico, el Belén bucólico, el Belén que nos refleja la Costa Rica de esos tiempos de los años 60, todavía 70. Ya hoy en día que es Puente Mulas para nosotros, realmente para nosotros, no, para Costa Rica sí, muy importante, es el mayor recipiente de nacientes del país, de los ríos

subterráneos, son famosos, que bajan del Poas, que bajan del Barva. Belén descansa en esos ríos subterráneos que revientan en Puente Mulas, parte de ellos.

Es todo un reto, entiendo que si hay proyectos, que valen la pena, rescatar la belleza de Puente Mulas en árboles, en aves, en flora y fauna. Realmente es muy importante, hay gente que está trabajando en eso, y es un proyecto ambicioso, que si se puede dar, que si empezó a darse.

José Zumbado, San Antonio. 63 años

Mi triste historia con la bola

Mi papá fue plantero, trabajó en la planta Electriona. Recuerdo que los domingos íbamos casi que de paseo a darle el almuerzo a mi papá, porque lo bonito era que en el playón se armaba muchas fiestas. Era la segunda opción después del balneario Ojo de Agua.

Recuerdo que en una ocasión me llevé a un primo de Atenas que quería conocer y lo que yo quería era pasarlo por el puente de hamacas para ver cuánto se asustaba, y se me ocurrió decirle que se llevara la bola que él había traído.

Nos fuimos, mi mamá me guiñó el ojo que tenga cuidado, la historia de siempre de las mamás. Pues resulta que después de dejarle el almuerzo a mi papá todo salió normal, nos fuimos a buscar alguna mejenga pero mientras nos acomodábamos, pateábamos la bola y en un tiro le di tan duro que la mandé al río.

Inmediatamente el primo comenzó a llorar, él se asustó y seguimos la bola por la orilla del Virilla, dio la vuelta por allá por donde se ahogaron 2 o 3 personas, siguió y siguió y no hubo manera de que se acercara a la orilla para jalarla con algo.

No fue cuento que llegó hasta Puente Mulas, allá cayó en la poza. Comenzó a dar vueltas sobre sí misma y yo con ganas de recogerla y no hubo manera. De pronto me cae algo desde el cielo y era una persona que se había tirado desde el puente y aquí yo me dije: *ésta es mi salvada, aquí voy a recuperar la bola y me voy a quitar el problema grande de encima, la regañada y posiblemente castigo de mamá.*

Pues no fue cuento que cuando el hombre la tuvo, se dejó decir desde allá: “salados, el que la agarra es de él y punto”. Nunca la volví a ver a la bola, la regañada de mamá y tuve que pagarla y así fue mi triste historia con la bola del primo en Puente Mulas.

Fermín Barrantes, Barrio San Vicente. 62 años

El Tarzán

Nací en San Vicente. Cuando existía en ese tiempo el nado ahí, eso era como un balneario, que me mandaba yo desde el Puente, ¡que va a hacer Tarzán en esos años! Desde pequeño, me crie ahí y era algo excelente. En aquellos años, era un balneario y se juntaba gente acá y yo era uno que parecía Tarzán, desde el puente me volaba. Y me dieron muchos aplausos y fotografiado en esas historias de antes.

Ahí monteábamos, más que todo conejo, y luego iguanas y cosas así. Se pescaba mucho barbudo con cuerda, era un ambiente muy lindo en esas épocas. Y luego ahí hacíamos una fogata, ahí pasábamos comiendo y tomando, nada más llevábamos la sal, la manteca, y el fresco. Fue algo maravilloso vivir en esas épocas. Fue algo muy bonito lo que pasó.

Omar Rojas, San Antonio. 62 años

Años de puro rock

Puente Mulas fue un paso de mulas que transportaban mercadería de un lado a otro. A mi mente viene el recuerdo de la poza de la Mercadería, un lugar de reunión de todos los belemitas y de lugares aledaños.

A mi mente viene el recuerdo de ver tanta gente reunida los fines de semana en este balneario natural. La gente bajaba, hacía sus almuerzos, los jóvenes improvisaban parrillas que tenían guardadas por ahí entre las piedras. Asaban carne, salchichón y otras cosas más, se tomaban un fresquito, un vinito y ¿tal vez algo más?

Qué decir de las competencias de quien se mandaba en el puente, a 25 metros de altura, eso era para valientes, recuerdo 2 personas, uno era Martín “Chancha” y el otro era Memo “Culo de Tabla” que ya no está con nosotros. Si subíamos un poquito más hacia arriba, encontrábamos el playón, un lugar de esparcimiento, boscoso, lleno de árboles, lindo, un lugar para ir a caminar y distraerse. Volviendo a la poza la merca, bajando un poquito más, se encontraban pozas de todos los tamaños y para todos los gustos.

En la peña había un lugar muy especial, era una naciente natural, con una poza pequeñita que nosotros llamamos “la poza de Filemón”. Era como un lugar para estar más relajado, más tranquilo. Volviendo a la poza la Mercadería, eran los años 70, los años de puro rock, nosotros y todo mundo bajamos con las trancetas al hombro, así les llamábamos a las grabadoras en ese tiempo, y llevamos esto para escuchar un buen rock y compartir con los compas y amigos.

Del lado sur de Puente Mulas quedaba el canal que transportaba el agua de la planta del río Virilla hacia la planta eléctrica. Ahí era un lugar muy lindo, boscoso donde uno bajaba y llegaba hasta los lagos de Lindora en Santa Ana. Para los tiempos de invierno, yo me acuerdo que yo bajaba cuando en San José estaba lloviendo para ver la cabeza de agua bajar por ahí por Puente Mulas. Era impresionante la cantidad de agua que bajaba por esa catarata, era algo muy especial.

Sandra Porras, Barrio San Vicente. 56 años

El caminito de puro lastre

Por ahí antes los antepasados pasaban con los animales cargadas de saco con maíz y todo lo que ellos querían vender hasta a Alajuela. La gente pasaba con carretas y bueyes, llenas de saco.

Es decir, inclusive yo tengo una anécdota, a mi esposo lo conocí pasando por aquí, era un chiquillo, de pantalón corto, descalzo, con un saco de semolina. Venían ahí donde don Oscar Ramírez a comprar este alimento para los chanchos, porque el papá de él criaba chanchos y yo lo veía pasar por ahí.

A él lo traía el papa de diez años, vieras que pecado, pies descalzos. El venía, pasaba por aquí, porque ellos son Honduras de Pozos, un pueblito que hay después del río hacia allá, de ahí eran ellos. Entonces, ellos solo por aquí. Disque para ir a Alajuela, disque para ir a Belén. En aquel entonces, esto era un caminito de pura piedra, de puro lastre, aquí no existía calle, no existía nada.

Nosotros también pasábamos para Santa Ana, para donde don Arnoldo Ruiz, a coger café también, porque todo eso que usted ve ahí eran puros cafetales. Y cuando fuimos creciendo, nos íbamos

por este caminito, no había peligro de nada, era una confianza tan grande que uno tenía.

Nos íbamos hasta el Valle del Sol Santa Ana a bailar. Ahí a pata. Allí conseguí mi novio, mi esposo, el que es ahora. Él era de Honduras. Nos íbamos a tarde juvenil y regresábamos a las 6 de la tarde con los novios.

Traer agua para sobrevivir.

Este terreno (San Vicente) lo donaron, se lo donaron a esos señores los vicentinos de Belén para darle vivienda a la gente más humilde que no tenía. Pero ellos nunca dijeron vamos a ponerles un tubo para darles agua ni nada. Entonces, aquí no teníamos agua, teníamos que ir al a los chorros a traer con vasijas el agua para poder sobrevivir. Y mi mamá recuerdo que nos mandaba a lavar al río, usted sabe nosotros con siete años.

Si supimos lo que era lavar y todo en piedra, porque mi mamá nos mandaba con así sacos. Yo me acuerdo que de una vez bajábamos al río con las Seguras de aquí también, unas amigas de nosotros, bajamos al río a lavar la ropita. Ella nos mandaba a Puente Mulas, a los chorros, a lavar las piedras.

También había muchas cascadas, era una belleza los chorros que caían y las cascadas para bañarse uno. Es decir, uno ni jabón

llevaba, uno venía y decía que ya está bañado, porque era tanto lo que uno se metía en el agua, de por sí no había agua para bañarse, entonces uno ya venía bañado.

La primera agua que llegó a este San Vicente fue cuando formaron una directiva. Pusieron como un ariete, en lo que es allá el Salón Comunal, en la peña del Salón Comunal. Y de ahí sacaron agua de una naciente. Sacaron agua hacia un tubo, hacia un pozo grande y de ahí subieron un tubo hacia la calle y ahí todo mundo iba a traer lo que llamaban el ariete. Era un tubo que conectaron para que nosotros pudiéramos tener agua, y ya no estuviéramos bajando tanto al río a lavar y nada de eso.

El paseo de nosotros los pobres

Era el paseo de nosotros los pobres, donde íbamos a bañarnos, donde venía gente de San Rafael, de Santa Ana, bueno, de todo lado se puede decir a la Mercadería. De Pavas bajaban las trescientas gradas, porque todo eso era camino.

Los playones era un lugar de acampar, de picnic, de todo eso para la gente. El que quería iba a acampar, porque era muy rustico todo. Todo estaba bien limpiecito, aquello era piedras lindas donde la gente se podía bañar.

Pero lo que me más gustaba era la poza de Filemón y sabe ¿por qué? porque de ahí nosotros comíamos y sabe ¿por qué? comíamos, porque cuando nosotros bajábamos las matas de tacaco, era aquello cualquier cantidad de matas de tacaco, y si son matas de chayote ahí nacían solas, yo no sé era como el señor Jesús que las mandaba para que los pobres comiéramos. Comíamos malanga, tiquisque, comíamos de todo. Hasta eso comían zorro la gente, comían armadillo, ahora ¡Dios libre!

De aquí comíamos de esa peña, sino uno tenía que comer se iba a hacer un sancocho de qué sé yo, porque nosotros éramos muy humildes, lo que papá pudiera conseguir para los nueve hermanos, para darnos de comer.

Pescábamos, pero no en la poza, porque el señor ese hizo una piscina así lo más rico, y se veía aquello claritico. Era aquello una belleza al bajar ahí. Y era aquello una belleza donde íbamos a bañarnos y todo, a sentarnos en las piedras, que Ojo de agua ni que nada, aquello era natural. Ahí todo mundo compartía sopas de gallina, sopas de toda clase hacían ahí. Ese era el paseo lo domingos de nosotros aquí, era tan linda la vida aquí, que uno deseara volver a llegar.

Me acuerdo que yo tenía una cuñada que hacía un ranchito, Virginia, la esposa de mi hermano mayor Carlos, hacía un ranchito

de bambú, los partían a la mitad, y mi hermano hacía el rancho, y ella vendía granizados y empanadas, porque por aquí pasaba la gente ahí a bañarse a la Mercadería, que era el punto usual de la gente. Bueno, cualquier cantidad de gente, no le digo que hasta de San José.

Esos tiempos no volverán

Esos tiempos no volverán porque ya empezó a venir la compañía, ya empezó a venir Acueductos y Alcantarillados para pasar el agua para San José y todo eso. Entonces todo eso se fue perdiendo. Inclusive ya casi ni dejan bajar al chorro, porque ya es prohibido. Ya el río no es el mismo, ya el río está muy contaminado, por las cosas que hay en San José y todo eso.

Antes la vida era como más bonita, más llevadera. Puente Mulas ha sido una belleza para nosotros, el paraíso para lo que siempre hemos vivido aquí. Pasamos la vida muy linda, ahí no existía el dinero, lo material no existía, para nosotros vivir pobremente era de lo más lindo.

Rosibel Zumbado, Barrio San Vicente. 54 años

Puente Mulas antes

Yo me vine para acá desde que tenía 4 meses, toda la vida. Yo crecí aquí, estas fueron las primeras dos casas que hubo en esta calle que se distingue como calle a Puente Mulas con San Vicente Viejo, precisamente porque es la entrada principal hacia Puente Mulas. La calle era de piedra o de lastre, solo había en los alrededores como cafetales, el potrero de Yeyo, el cafetal de Yeyo, no habían así vecinos, con el tiempo se fue poblando.

Con el tiempo se fue haciendo la carretera, que la fueron asfaltando, haciéndola más bonita, porque era pura piedra, costaba bajar. Era mucho más bonito, porque, como se llama, había muchos más árboles, era más verde. De hecho, cuando uno iba hacia Puente Mulas, antes había una cascada de agua que ya no existe, verdad, y eso lo hacía muy atractivo, y las zonas eran más verde más bonito.

Esa cascada salía de lo que es ahora parte de la finca de Pedregal. Por ahí eso salía como una naciente de agua, que ya no existe, seguro por la deforestación, el sol, el clima, quien sabe ¿por qué? Ya todo va cambiando, ya nada es igual. Pero antes sí, era muy bonito, verdad.

El rezo donde Rafael y Margarita

Luego una anécdota de Puente Mulas que siempre me quedó muy grabada fue que antes había un señor aquí en San Vicente que se llamaba Rafael, y ese señor para navidad hacía los rezos del niño verdad. Ahí precisamente en Puente Mulas, cruzando el Puente, había una casita, de una familia don Rafael y doña Margarita, tenían varios hijos ahí, y entonces nosotros nos íbamos con ese señor, el rezo del niño, el propio 24 de diciembre desde aquí hasta allá.

Y a veces nos daba tarde y viera el susto que nos daba verdad, porque eso era oscuro y uno le tenía un miedo. Muchos decían que le salía la Llorona, que le salían un montón de cosas, y aquel miedo que le daba a uno.

Uno esperaba que fuera el 24 de diciembre para hacer eso, y era muy lindo, y a uno le encantaba, entonces yo decía: ¡*qué bonito!*, ya viene el 24 de diciembre, ya vamos a ir con don Rafael a rezar, a esa familia, que había que cruzar el puente, parte del canal, para llegar a esa casita pequeña a hacer el rezo.

La poza de Filemón

En dos ocasiones fui a una poza que había hecho un señor que ya está muerto don Filemón. Una poza muy linda, pero había

que bajar. Eso quedaba a la mitad, que le puedo decir, como un kilómetro antes de llegar a Puente Mulas, bajaba uno y mucho antes de llegar al río, porque eso es un peñasco verdad, había otra nacimiento de agua y ese señor había hecho en una cascada de agua con piedras y cemento una especie de poza, entonces nosotros íbamos a bañarnos ahí a la poza de Filemón.

Es más la bautizaron la poza de Filemón porque él fue el que hizo la poza. Yo no sé si ya existe, me gustaría ir a ver si existe, tan natural, era algo precioso ir ahí. Entonces nosotros nos íbamos como los fines de semana, a bañarnos a la poza de Filemón, una belleza eso. Tendríamos que investigar a ver si existe todavía.

Entrenamientos

Yo participé mucho en lo que era el deporte aquí en Belén y en juegos nacionales, y en atletismo y eso. Y en ese entonces, no existía en polideportivo y teníamos que hacer entrenamiento de fuerza de piernas, como ahí hay cuestras, entonces nos íbamos a entrenar, a subir y bajar esa cuesta doce veces, parte del entrenamiento. Entonces, había dos cuestras ahí y las utilizábamos mucho para eso.

Hubo un tiempo donde yo me metí en la Cruz Roja de Belén y hacíamos prácticas, entonces las prácticas se hacían en los playones. Utilizábamos los playones para hacer prácticas, era muy

bonito. Unas prácticas que para nosotros era un desafío. Nos ayudaba mucho para un accidente en un futuro o algo así.

Buscar jocotes

Pero de Puente Mulas hay cosas muy bonitas porque yo me acuerdo también que con mis hermanas mayores bajábamos buscar jocotes, porque había muchos árboles de jocotes, porque había mucho árbol de jocote después del puente. Que era cuando uno iba para Pozos de Santa Ana, entonces uno se iba para allá, y vieras los jocotes riquísimos y se llevaba la bolsa de jocotes. Entonces, todas esas cosas son muy bonitas de tradiciones de Puente Mulas.

Y cruzar el puente, a parte que era un desafío, porque el puente es muy alto y antes no existía la malla que está ahorita. Entonces, uno tenía que pasar el Puente, solamente el puente y era peligroso de momento porque lo estaban construyendo, y era un desafío para uno cruzar el puente.

Fuimos y cruzamos el Puente en ese entonces, y a buscar los jocotes también, después venir uno con la bolsa de jocotes y haciendo el equilibrio, verdad para el Puente. Entonces era algo muy lindo, la infancia más bonita era esa. Era la ilusión que uno tenía en ese entonces.

El paseo de mucha gente

Era el paseo de mucha gente de diferentes lugares porque en una Semana Santa, un Jueves Santo, un Viernes Santo, esto era un desfile. Era un desfile de gente que bajaba con bolsas donde llevaban sándwich, llevaban refrescos, es más llevaban parrillas, salchichón y hacían salchichón asado abajo y se bañaban en el río.

En verano cierran las compuertas, desvían el agua para el canal, lo que queda del río son las nacientes, porque de aquí para abajo el río Virilla tenía varia nacientes. Entonces, las aguas son muy limpias, todo mundo bajaba ahí a bañarse y hacían salchichón asado, hacían carne asada. Eran los desfiles Viernes y Jueves Santo.

Ahorita existe, pero no tanto como en aquellos años. Todavía baja gente como tradición Viernes y Jueves Santo a Puente Mulas. Que nos gustaría que siguieran bajando las personas. O sea bajar a Puente Mulas, ahora hay ciertas restricciones, pero era muy bonito ir ahí.

Los pajareros y las quemas

Había gente, yo me acuerdo, que yo veía pasar por aquí, señores que iba a cazar pajaritos. A mí no me gustaba mucho eso, y yo los veía que pasaban con las jaulas, con los pajaritos, y a veces veían con una sábana, con los pajaritos.

También aquí antes se quemaba mucho esto, los bomberos tenían que estar viniendo, no sé si por la basura, por el sol tan fuerte que provocaba los incendios, o cuando la gente bajaba a bañarse que hacían las carnes asadas y todo eso que no tuvieran el cuidado y se prendiera fuego a eso y ahí fue donde se fue deforestando una buena parte.

Usos actuales

Los muchachos esos que les gusta andar en patineta que son los skate. Aquí a veces, una vez yo creo que hicieron un torneo aquí, como una competencia que vino de otros lugares, entonces, cruzaron el puente, y después del puente, antes de llegar a Pozos, hay una cuesta muy empinada. Ahí ellos empezaron a hacer como un tipo de competencia con patineta verdad.

Los fines de semana más que nada se practica mucho el ciclismo, viene gente de Santa Ana, de Escazú, de Alajuela. O sea, por aquí viene mucho ciclista en las mañanas porque esto es un medio. Por ejemplo viene gente de Santa Ana, pasan por aquí, hacen el recorrido, siguen a Alajuela o viceversa. Vienen de Alajuela, hacen el recorrido, y bueno dicen aquí salimos a Escazú.

Es un medio donde sirve para hacer el ciclismo, de igual forma hay gente que pasa por aquí trotando, muchas personas pasan trotando, haciendo ejercicios, caminatas. Nosotros tenemos

un grupo también donde hacemos un tipo de caminatas de montaña y hemos hecho como dos aquí, que se viene de Santa Ana, se hace un recorrido, se hace rapel y volvemos por este mismo lugar y regresamos a Santa Ana.

Aquí hay unos muchachos que trabajan en Multiplaza y entonces resulta ser que para ir ahí ellos toman un bus que los deja en Pozos y se vienen caminando por aquí para quitar trecho de lo que es las presas y todo eso, y llegar más rápido de ese lado y en bicicleta. Entonces se quitan la presa de Lindora, se vienen por este lado y hacen eso.

Unos proyectos

A nosotros nos gustaría que las personas vengan, que lo vean como una forma de hacer ejercicio, de salir un fin de semana, que los muchachos que vienen sigan. Una forma de paseo de antes, algo muy natural, algo muy bonito.

Nos gustaría mantenerlo mejor, tenemos unos proyectos en esta parte de acá, los vecinos de aquí tenemos unos proyectos para Puente Mulas, para mantenerlo bien, vamos a ver si luego con la Municipalidad y otros nos ayudan, porque queremos poner un rotulo que diga “Bienvenidos a Puente Mulas”, un parquecito pequeño a la entrada en lo que es empezar a bajar a Puente Mulas.

Entonces eso es más que nada lo que queremos nosotros, es algo muy bonito y que se mantenga siempre así.

María de los Ángeles Segura, Barrio San Vicente. 52 años

Una infancia divina

Yo tenía 10 años cuando mi mamá nos decía: *Chiquillas, alístense, póngase ropita cómoda, cámbiense el uniforme porque hay mucha ropa que ir a lavar al río.*

Nos íbamos a lavar al río, nos daba casi las 6 de la tarde. Y así duramos mucho tiempo porque en San Vicente no hubo agua ni luz. Entonces, nosotras nos íbamos a lavar hasta que la ropita estuviera seca. Una vez ahí nos agarró tardón porque la ropa no se secaba. Oíamos unos lamentos muy feos en el río. Y aquel montón de gente salió en carrera, unos pasaban encima de los otros.

Luego, cuando íbamos a la Mercadería, hacíamos sopas. Nos encontrábamos un pato, hicimos una gran sopa donde comió todo el mundo, porque eso era mejor que un balneario. Iba gente de Pavas, gente de la Ribera, gente de San Antonio de Belén, gente de Santa Ana, gente de todo lado. Eso era un legítimo balneario, mejor que un balneario.

Después nos íbamos para el lado de las 300 gradas, ahí hay un puente de hamaca, y nos íbamos a apear nísperos. Nos dábamos unas comidas de nísperos que usted no tiene la menor idea.

Era muy lindo, una infancia divina, porque nos criamos en ese río. Ahí todos mis hermanos aprendieron a nadar. Nosotras también aprendimos a nadar. Desde chiquitica yo aprendí a nadar ahí.

Ángel Zamora, San Antonio. 47 años

Maravillas del Virilla

Desde el 2010, comenzamos con la observación de aves, a tomar fotos, a hacer calendarios, a hacer música y audiovisuales. Y hemos tenido la ayuda y el permiso de la madre naturaleza, porque nos ha permitido observar cosas que aquí nadie había observado.

Por lo menos de los que estamos vivos. Las águilas pescadoras que anidan aquí, ¿por qué? porque en las nacientes de agua se da la vida de los peces, entonces ellas andan viendo, ellas son la súper conciencia del agua, que andan viendo donde pescan, entonces aquí llegaban las águilas.

En invierno es muy bonito, porque vienen las migraciones de aves, en octubre, por ahí, llegan aves muy bonitas y los grupos se hacen más grandes de aves. Entonces, yo entraba aquí cuando había permiso y me iba a tomar videos allá, fotografías en el playón. Y había todas esas aves, águilas, espátulas rosadas, cigüeñones, patos aguja, patos canadienses, etc.

Esa es la parte muy bonita en invierno, y ya después se logró hacer una lista, un inventario de aves, es lo que hice aquí, cuando terminé de hacer el inventario con videos y fotos y todo.

Entonces, nos ha prestado unas imágenes mágicas, yo creo que es una cuestión hecha por la propia naturaleza que agarra la persona y le dice: “usted me está haciendo un favor que se necesita tanto”. Uno llega, e inocentemente se emociona, se entusiasma y se enamora, porque eso es lo que lo hace uno aquí, trabajar. Entonces, vemos el águila que viene y se me para aquí, y ve que yo estoy echando el agua, tengo las tomas, los vídeos.

Maravillas del Virilla le puse al proyecto, porque en realidad uno queda maravillado de ver las cosas que uno nunca había visto. El águila se mete en mis videos, y se mete en mi vida. Entonces son experiencias que le llenan, le cargan a uno la vida, le vuelven a poner como un chiquillo, y quiere uno hacer de todo. En realidad lo que quiere uno es regenerar el sitio.

Reforestar

¿Por qué reforestar aquí? Las razones ambientales son evidentes. El agua para que no se vaya tiene que ponersele vegetación encima, para que este fresquito, así no llueva. Políticamente eso está administrado, cada túnel como tomas de agua captada, naciente captados. La ley le da 200 metros de protección, entonces aquí tenemos varios túneles. Tres túneles y varios tanques de captación, los túneles tienen esos 200 metros.

Cada uno de ellos tiene 200 metros de radio de protección. Todo eso es zona de protección que está siendo usada de la manera que no debe ser usada. No debería ser, si las cosas comienzan mal terminan mal. Y aquí es donde comienza la cosa, este es el principio vital de las personas que viven en San José, y si aquí está mal, como estará allá.

Entonces, tratamos de venir y arreglar esto con voluntarios, la misma gente, que vengan a conocer, jóvenes que todavía tienen mucha vida por delante. Quieren tener agua para seguir viviendo, hay que cuidarla, no nos podemos quitar. Hay que cumplirlo.

Empezamos en el 2010, en el 2012 comenzamos a reforestar. Empezamos por allá y don Luis Carlos Durán nos permitió entrar, la gente de la comunidad nos dio las mangueras y pues una toma de agua de aquí. Empleados de aquí, de la casa de máquinas del A y A me dieron permiso.

Hemos hecho esos eventos, mientras se pudo, cuando estaba el anterior encargado aquí. Había un ingeniero encargado, don Luis Carlos Durán, él fue el que me permitió ir a reforestar ahí junto con un señor de seguridad, don Edwin Arguedas. Empezamos a reforestar allá, con la comunidad. Los que vinieron fueron algunos voluntarios, las fuerzas vivas de Belén, la Cruz Roja. Vinieron Juventud Belemita, la Asociación Cultural El Guapinol. Vinieron

varias personas del barrio, los chicos de Juventud Belemita, vino el equipo de atletismo.

Visitábamos los túneles, hicimos los días del agua, hicimos varias actividades ahí que están en youtube. Hernán Zamora me regaló las mangueras de goteo. Entonces, teníamos el riego con goteo allá en la peña, arriba y también teníamos aspersores. Primero aspersores y después mangueras de goteo.

Las cosas cambiaron

Las cosas cambiaron por motivos de seguridad en el 2017. Se empezó a cerrar y poner malla y a mí me dijeron muchas gracias por la reforesta, váyase. Ahora hay que pedir permisos y tener póliza y todo. Empezaron a aplicar normas.

Entonces, las actividades de ir a ver aves allá adentro se acabaron, porque pusieron el portón. Nos quedamos chapeando en invierno, hay que chapear como 2 veces, aquí no se usa herbicida, hay que hacerlo todo a mano. Entonces ese es el trabajo. En el verano, chapear, para que no haya quemas, porque aquí la fama es que siempre han quemado esto.

Yo me he encargado de mantener esto limpio para que las quemas no se lleven los arbolitos. Los bomberos han venido a ayudar bastantes veces. La providencia divina, por medio de la

naturaleza nos ha hecho también el favorcito, nos ha cuidado los árboles, algunos si se han afectado, pero es muy difícil. En verano también hay que jalar el agua, cuando hubo el cambio nos quitaron el agua. Ese es otro colmo, otra contradicción, porque si el agua es de aquí, ¿por qué no la usamos para regenerar el mismo sitio?

Manrique González, Barrio San Vicente. 46 años

La Mercadería.

En aquellos años, espero que todavía exista, a los niños más pobres les daban un tiquete para poder almorzar en vacaciones. Eran de tres meses en aquel tiempo, entonces nosotros íbamos todos los días en vacaciones a almorzar al comedor de la escuela a pesar de estar en vacaciones. Tratamos de ir y venir rápido para ir a Puente Mulas, para estar en la poza todo el día, y a veces no íbamos a almorzar para poder disfrutar de la poza todo el día. Era una cuestión muy bonita, muy icónica en aquel momento.

En 1984-85 y de ahí para adelante fue lo que yo viví, un poco antes incluso. En el invierno, la represa se sobrepasa a pesar que tiene un canal que canaliza, valga la redundancia, la generación de energía. Es tanto el caudal que se sobrepasa, entonces vienen todas las aguas sucias del centro de San José y contaminan el río y lo hace una creciente muy grande.

De ese modo, durante todos los meses de invierno no se puede utilizar el río por parte de los chiquillos que jugábamos ahí o nadábamos, sino que era verano porque hay una cascada natural que nosotros llamábamos los chorros, todavía se le llama así, de agua potable, que se genera ahí en esa naciente. Entonces en el verano el caudal baja, la represa cierra completamente las aguas,

tiran aguas por el canal y el río lo llena solo los chorros, o sea solo agua natural, solo agua potable.

Empieza una limpieza progresiva en el verano del río hasta que se pone un azul precioso, en aquellos años. Ahorita yo a veces vengo y la poza esta azul, un poquito verde, y es cuando se llenaba la poza principal que le llamábamos la Mercadería. La que esta abajo del Puente de Mulas, y la gente usaba como trampolín el mismo Puente, que muy poca gente se lanzaba de pie o de clavado y en aquel momento era histórico, era de elogios, era casi heroico hacerlo.

De trampolín se utilizaba la caída de los chorros que es donde sale el agua de las piedras que están ahí, de ahí yo si me tiraba, la primera vez me tiré, nunca se me va a olvidar. Mi hermano mayor que se llamaba Álvaro, fue campeón de juegos nacionales, campeón de todas las disciplinas en medalla de oro, entonces Álvaro me esperaba debajo de la poza y él me decía tírese, y yo me tiraba de parado y él estaba a la par, yo ya sabía nadar, pero como él fue campeón nacional, entonces yo aprendí a nadar muy de niño también.

Algunas personas decían que yo recuerdo en mi mente, que le llamaban la Mercadería, porque históricamente ahí pasaban muchas mercaderías con animales cargadas de productos, cultivos,

de los agricultores de la zona sur de la capital, que venía a comercializarlos en la zona norte, acá al sector de Heredia y Alajuela.

Era impresionante, hermoso, si yo tuviera que decir de los períodos bellos que yo viví en la vida en pobreza, casi del límite llamada extrema, le diría yo a usted cuales son los momentos más bellos que he vivido, fue cuando me crie San Vicente en Puente Mulas

Llevaban sus grabadoras

Los fines de semana iba gente adulta de acá y la poza se llenaba mucho, de mucha gente, yo recuerdo que había gente que llevaba comida. Llevaban sus grabadoras en los años ochenta para oír música. Es la música que ahora yo escucho y de una vez mis cinco sentidos se ubican en la poza por la música que escucho. Me parece, como si fuera ayer, oír a Karma Karma Chamaleón de Bob George y oír estas piezas con estas grabadoras con las baterías, la gente con pelo largo y toda esa nota ochentera.

Había mucha connotación familiar del disfrute de los márgenes de ese río, y de esa poza en específicamente. Y de los chorros porque había gente que no bajaba al margen del río. Yo describo el cañón como alto y grande, los chorros están un poco más arriba, entonces había gente que disfrutaba de unas piletas del

agua de chorros transparente, que usted podía tomar y la tomábamos en la parte de arriba de los chorros. Esa se usa hasta el día de hoy.

La poza de Filemón

Tengo otro hermano con quien íbamos y con mis hermanas mayores. Nos llevaban de niños ahí y preparaban algunas comidas muy pobres apenas como para pasar el rato. Y de la Mercadería viniéndose, siguiendo el caudal del río hasta acá (Salón Comunal), más o menos hasta esta ruta hay varias pozas preciosas, una de ellas es la poza de Filemón le decían, porque era un señor que cuidaba por ahí.

Un vecino de acá, él era el que cuidaba por ahí y sembraba por ahí en la peña del río. En el cañón aquí en la peña antes del río, sembraba productos agrícolas. Entonces, decían que era la poza de él. Tenía una naciente preciosa, algo impresionante, pero más pequeñita que los chorros, y se hacía una pozita, mucha gente llegaba ahí.

Caminábamos tipo aventura

Otras partes que nosotros utilizábamos para divertirnos y pasar el rato son las que van desde el Puente Mulas tomando el rumbo oeste, un poco suroeste tal vez, por el margen del río, pasando las pozas propiamente en el río. Y cuando digo propiamente, es que el cañón es sumamente amplio, entonces tiene una maravillosa vista y un montón de sectores que son de difícil acceso.

A pesar de eso, esas peñas parte del cañón, nosotros las caminábamos como tipo aventura e íbamos pasando poza por poza, conociendo. Yo podría indicar que tal vez un kilómetro de distancia desde el Puente Mulas camino al suroeste, cogiendo o tomando rumbo hacia el puente que conecta a Santa Ana, que es un puente muy grande. Esa era la parte que yo como niño explore, conocí, vi las nacientes, que yo no sé si todavía existen, me gustaría saber si todavía existen. Nacientes de agua que salen del peñón del sector norte al sector sur.

Recuerdo muchísimas más pozas que no tenían nombre, pero es que eran de muy difícil acceso, no eran famosas ni las personas iban a gastar un día en tratar de llegar ahí porque era muy difícil. Yo tuve la oportunidad de caminar ese margen alrededor de un kilómetro, tal vez unas diez veces en mi vida. Conocí muchas

pilas o pozas que eran preciosas, pero tampoco era que las usábamos a diario.

Era un manjar que no se disfrutaba siempre

Había muchos mangos, naranjas, guayabas. Pero si no enfocamos en Puente Mulas, había muchas matas de tomate. Recuerdo una frutita negra que era dulce. Yo no recuerdo el nombre, pero nosotros la consumíamos, era muy rica, era dulce, era comestible, y lo hacíamos. Uno lo hace porque ve a otros haciéndolo. Usted ni almuerza en la casa ni nada, es un niño que va por ahí comiendo frutas.

También era un evento traer guayabas y que mi madre hiciera jalea para comer con pan blanco, o sea, era algo delicioso, era un manjar. Era un manjar que no se disfrutaba siempre.

Recuerdo que a la par de la planta hidroeléctrica hay nacientes de agua, entonces ahí fluía el agua y crecía una hierba que se llamaban berros, que es un poco picante, si usted la busca va a saber que se usa para ensaladas. Nosotros recolectábamos los berros y los llevábamos para la casa para consumo.

En aquel tiempo pescábamos

En aquel tiempo pescábamos, yo no tenía ni cuerda, pero conseguíamos un pedacito de cuerda y pescábamos unos peces que le llamábamos barbudos y los cocinábamos. Entonces era hermoso porque en el verano se limpiaba y se tornaban las condiciones diría yo “biológicas” necesarias para que los peces se criaran.

Sacábamos lombrices de tierra, la lombriz se usaba para carnada, los anzuelos eran pequeñitos, porque los peces eran pequeñitos. Y la cuerda se tiraba, no en la Mercadería, en la Mercadería no se pescaba, o sea en la primer poza, esa era como una piscina de acceso, la que está debajo del Puente de Mulas. Sino pescábamos en las otras pozas, principalmente en el lado de acá en una que le llamaban de Filemón.

Ahí era donde la pesca era buena y donde sí se pescaba, porque la otra era extraño, porque la gente se estaba bañando ahí y no había mucho pez. Yo traía unos 6-7-8 peces, incluso recuerdo ahorita, como si fuera ayer, que yo venía subiendo por esa callecita que está ahí, y una señora me dijo: *¿En cuánto me vende los peces?*

Comer pescando en aquel tiempo, nosotros, yo no podía tener acceso a comer pescado, yo no tenía acceso a comprar nada.

Veníamos los hacíamos fritos, tostados y nos los comíamos. Era un manjar.

Era totalmente libre

Era totalmente libre, las áreas que están cerradas ahora, ahí uno podía caminar. Recuerdo que incluso en la parte de arriba de la planta hidroeléctrica había otra naciente que llenaba otra poza pequeña, ya me estoy refiriendo de Puente Mulas hacia el este. Yo he hablado de Puente Mulas hacia el oeste, o hacia el suroeste, más arriba se llenaba otra poza y nosotros aprovechábamos esa que no era del río.

Antes de la represa toda era sucio, estaba a la par del agua sucia, del agua café, totalmente contaminada y había una parte que se limpiaba y que era una naciente que salía hacia una playa de arena. Era playa, no conectaba con el río, entonces nosotros podíamos pasar por ahí.

Yo no recuerdo ninguna restricción con respecto al aprovechamiento de todos esos recursos. Pero era un ambiente totalmente pacífico. No recuerdo, si quiera en mi mente, que tengo todos esos recuerdos frescos, no recuerdo ningún incidente de peleas, ningún incidente de un cuchillo, una piedra, que alguien se quisiera atacar, no tengo ningún recuerdo tosco, feo, en mi mente, sobre el disfrute de las peñas y las pozas. Era muy tranquilo.

Recuerdo una vez que cerraron el acceso desde acá, desde arriba, desde la calle, allí es una zona muy linda para caminarla que se observa el peñón y usted tiene la vivencia directa. Empezó la restricción, ya luego han cerrado el acceso, ya han puesto rótulos de prohibición.

Me duele muchísimo ver que el Estado, no sé si es el ICE o no sé cuál institución, cerro por completo con malla y ha prohibido accesos. Puedo entender en alguna medida, cuestiones de seguridad y algunos otros aspectos. Sin embargo, si ustedes hubieran estado ahí, ustedes estarían en contra de una malla o una cerca, porque como le digo, es una parte esencial de mi vida. Si mis hijas que tengo 2 hubieran crecido acá, hubiera sido parte esencial de la vida de ellas. Es doloroso ver como se ha cerrado o minado todo eso.

Randall Hernández, San Antonio. 35 años

La súper luna

Una llamada rompe la monotonía del día. Una invitación en un momento complicado de nuestra historia. Por primera vez, el miedo a salir de noche no lo representa el hampa, ni tampoco ningún mal pensamiento. Es como si fuera un fantasma, no se sabe si anda cerca. Un espíritu de pandemia. Pero es la última súper luna del año, se merece la apuesta.

Llegar hasta el punto de partida no fue difícil, cuando se anda de noche todo se mueve más rápido o al menos así parece. Como en toda aventura, siempre hay un guía, en la nuestra era un ángel, no de esos bonitos con el pelo rubio y con facciones blancas. Este era un hombre curtido por el monte, lo cuidaba como si fuera suyo. De estatura baja, ágil, fuerte con convicciones ecologistas y una elevada conciencia. A machete limpio mantenía la peña, solo un ángel hace eso.

La noche era húmeda y silenciosa, hasta que un concierto de perros, gatos y quien sabe qué otra cosa explota sin aviso. Nosotros caminábamos de madrugada, a más de uno se nos pasó por la mente imágenes de espantos, brujas o algún mal pensamiento. Llegado a la peña, los ojos tardan un poco en adaptarse a la noche,

son más las sensaciones y las mezclas de sonidos entre máquinas y la foresta.

Las paredes de piedra gris de la peña de noche se dejan ver imponentes, como si muros fueran. Y la luz generosa de aquella súper luna, jugaba con la sombras y las formas. Las siluetas sugerían formas caprichosas de indios y rostros, y en nuestra mente se creaban toda clase de historias, de caciques y de fieras. Bajo nuestros pies sentíamos correr el agua bajo las bóvedas subterráneas que ella misma se forjó desde tiempos inmemoriales.

Nos sentamos en aquel místico lugar para tomar fuerza y luego subir el monte. Ya escalado el paredón, aquel ángel nos lleva a su santuario, un lugar coronado con un águila huetar, pintada caprichosamente con colores azul y blanco.

Al verla en lo más alto, nos impele con ella, la vista explota con la luz de aquella luna, el águila y la vista de la peña. Llegados al climax se hicieron los brindis que corresponden como brebajes de cacao y pinol que limpian el cuerpo y conectan con la tierra, como a aquellos indios huetar les hubiera gustado, y que aquella luna nos dejó ver en los paredones de la peña del río Virilla.

Ricardo Pérez, Barrio San Vicente. 30 años

Escapados en las pozas

Cuando yo tenía como 10 años me acuerdo que grupillos hasta nos escapábamos de la escuela para irnos ahí, al río. Siempre llevábamos algo, unos aportaban una cosilla ahí, otros aportaban otra cosa y tal vez llegábamos a cocinar, buscábamos leña, y mientras estábamos ahí vacilando, todo sano. Tal vez ir a meternos a la poza era lo más malo para nosotros en esos tiempos, verdad.

De diez o doce años, ahí fue donde aprendimos a nadar, más que todo y andar ahí en los ríos. A mí me daba miedo pero si me arriesgaba, porque yo sabía que andaba con otros que si sabían y escapados también.

En el puente, ahí sale una naciente que sale ahí un tubo, ya nos bañábamos en el tubón grande ese o cuando cerraban la represa, ahí hay mucha naciente, entonces conforme cerraban la represa y la naciente iba limpiando el río, se ponía un verde claro de lo más lindo, se veía el fondo, entonces ya nosotros nos tirábamos de las piedras, algunos se tiraban hasta del puente. Nos quedábamos ahí todo el día hasta que ya tuviéramos frío o ya nos quisiéramos ir.

El momento en que íbamos a las pozas dependía del clima, y temprano. A veces abrían la represa, entonces nos fijábamos y si la represa estaba abierta ya no íbamos ¿por qué para qué? si el río estaba sucio.

Ahí no había mucha fruta, tal vez que nosotros la comprábamos y nos las llevábamos a comer, siempre alguno ponía plata, y con lo que recogiéramos tal vez íbamos y comprábamos una gallina, otros ponían el sartencillo y fuego, y otro buscaba la leña y si no tenía plata. Y nos hacíamos un tipo sopa, una zopilota que le llamaban. Una sopa hecha, inventada, picando la vara y nos íbamos, siempre fue así.

Andar descubriendo

A veces hacíamos, caminata, empezábamos desde un sector 400 metros abajo, nos íbamos ahí por la peña e íbamos todas las pozas, yo me acuerdo que conocí como cuatro pozas, no me acuerdo el nombre tal vez de una. Si me acuerdo de una que era la poza de Filemón, ahí se ha ahogado mucha gente también, conozco la poza del Barco Pirata y conozco otra poza que no sé cómo se llama, pero íbamos mucho.

La poza de Filemón, quedaba como en dirección donde está la cuenca, que son las casas esas que están aquí abajito de San Vicente, ahí bajábamos siempre, cuando veníamos de la escuela. Ni

siquiera íbamos a la casa, nos llevábamos todo y bolso, tipo 10 am hasta las 2 pm, hasta la hora que saliéramos de la escuela y llegábamos a la casa.

Era bañarse o andar ahí descubriendo o monteando, andar vagueando porque era lo que nos gustaba, entonces todo sano era siempre, más bien nos llevábamos un mecate, hacíamos bejucos o amarrábamos un mecate o empezábamos a practicar diferentes saltos, por decirlo así, para aprender.

Al menos a mí me daba mucho vértigo tirarme de una piedra y tenía otro compa que me ayudaba, me decía: *venga tírese por acá, hágase por acá, clávese así*. Entonces, nos llevaba todo el día haciendo esas cosas ahí”.

Con verlo se vienen los recuerdos de la infancia.

Ese lugar nos trae recuerdos, tal vez desde la infancia siempre hemos estado ahí, entonces sería bonito como tal vez volver a revivir esos momentos, ir otro rato, pero ya no va a ser igual porque está cerrado, ya pusieron verjas, ya pusieron malla, ya está cerrado, porque siempre ha sido peligroso, pero la gente no hace caso, la gente siempre iba.

En cierta forma está bien, no deberían abrirlo todo porque si hay peligro, pero por los menos hacer un mirador algo como para

ir a verlo desde lejos, porque uno con verlo se le vienen todos los recuerdos, donde uno estuvo ahí y se tiraba.

Jeffrey Murillo, Barrio San Vicente. 27 años

Pegarse un guatazo

Yo he vivido toda la vida acá, en San Vicente, por lo tanto desde que estaba chiquitillo siempre he venido aquí con mis amigos, veníamos a caminar, correr, o si no nos veníamos a bañar ahí en el tubo. Eso es agua potable, nosotros veníamos a pasar las tarde de verano, cuando hacía mucho calor, recuerdo que decía: *jmae, vamos al chorro!, ¡vamos al chorro a pegarnos un guatazo!*

Pasábamos las mañanas acá y las tardes pasábamos acá metidos. Ahí está una pozita, toda la vida ha existido, nos metíamos ahí, es como una pequeña piscina natural. En esta pozita nos metíamos y también desde esta piedra nos tirábamos al río cuando el agua se limpiaba.

En verano, el río se secaba, el nivel del río bajaba, se cerraban las compuertas y el agua que salía en el chorro, limpiaba el río, entonces prácticamente, nos metíamos a nadar a la Mercadería. El río se secaba y el tubo, volvía como a llenar el caudal otra vez, del río, veníamos y nos tirábamos, había personas que se tiraban desde este puente. Muchos veníamos acá y nos tirábamos, yo llegué a tirarme desde las gradas y desde el puente de piedra.

También, había una poza detrás de Rumba que le dicen la Pirata, de chiquitillos nos íbamos allá, recuerdo que llegábamos y jugábamos la anda con una bola y allá abajo en la poza había un árbol, nosotros amarramos una cuerda, entonces nos tirábamos desde la cuerda y caíamos al río.

Parrilladas y zopilotas

A veces en año nuevo, los primeros de enero, veníamos acá, y hacíamos parrilladas y pasábamos todo el día acá en la parrillada comiendo y bañándonos. También hacíamos lo que aquí se conoce como una zopilota, que es como una sopa de menudos (hígado, riñón, pollo, pescuezo, todo eso) con verduras. No me acuerdo quién era que llevaba la olla y poníamos una fogata con la misma agua del chorro porque es agua potable, agua limpia, echábamos y ahí empezábamos a cocinar todo, picábamos todo y ahí le hacíamos.

Turisteando

Cuando uno andaba ahí, si se topaba iguanas, culebras, había también mucho armadillo. A veces nos cruzábamos el puente y nos íbamos como a turistar por el canal, pasábamos por debajo del puente de Santa Ana y nos íbamos todo eso hasta salir hasta la otra planta que queda en Santa Ana. Ahí veíamos muchos cherepos, que son como esas iguanillas que caminan en el agua, entonces salían

corriendo por el agua. Había también muchos pájaros, diversos tipos de pájaros, muchos animales también.

Ahora, yo iba mucho pero a correr, entonces, subía y bajaba a los chorros, unas siete veces. A lo último ya cuando estaba cansado, me iba y me bañaba en el chorro. A veces también bajo con la perra, la llevo a caminar. Es un lugar bueno, a parte que es un lugar muy conocido por Belén. Yo digo que un belemita que no conozca los chorros, no es belemita de verdad.

Orlando Zamora, San Antonio. 19 años

No siempre es lo económico

Nosotros nos dedicamos a recuperar todo el material que ha tenido un mal manejo y ha terminado en los ríos. Lo que puede ser como botellas para revalorizarlo, reciclarlo. También recogemos todo lo que es estereofones, que es increíble la cantidad, que todas las personas tiran. En este punto tenemos bastante presencia de basura.

Cada bolsa que retiramos es una bolsa que no va a llegar al mar, no va a llegar al océano Pacífico, a nuestras playas. El problema tenemos que atacarlo desde los ríos no en las playas. Esto lo hacemos ad-honorem porque en realidad el material no tiene el valor necesario para hacer un negocio, pero si causamos un impacto ambiental positivo. La idea es crear un mensaje, que la gente se dé cuenta del problema actual y crear más conciencia en la población.

Yo siento que no siempre es lo económico lo que tiene que verse, también tiene que verse un impacto positivo porque estamos destruyendo el ambiente y ¿qué vamos a tener en un futuro si continuamos de la misma forma? . No todo es plata en el mundo. Tenemos que generar conciencia.

Tenemos que hacer que de alguna forma las personas entiendan del problema tan grande. Si no es negocio, no será negocio, pero yo estoy convencido de que cada bolsa que quitamos es una bolsa menos en el río, un impacto positivo que va tener al final.

Tenemos que hacer algo. Tenemos que generar conciencia de alguna forma. Tenemos que recuperar estos espacios. Es increíble este lugar. Es un punto emblemático. Necesitamos apoyo de la comunidad, de la Municipalidad para que las personas dejen de arrojar residuos al río de forma ilegal. Tenemos que recuperar estos espacios, tenemos que hacerlo por las futuras generaciones.

Cristal Arguedas, San Vicente. 8 años

Papá nos lleva a Puente Mulas.

Ahorita mi papá disfruta mucho conmigo y con mi hermana. Siempre vamos a las pozas, y me meto en la poza grande y disfruto mucho con mi hermana, nado, jugamos con la tierra que hay ahí, debajo de la poza y también disfruto mucho con mi papá. Mi papá nos trae comida, nos trae coca, nos trae muchas cosas.

Hay un hueco grande que yo siempre me meto, no es súper hondo y como la poza es súper honda entonces tengo que nadar y nadar y nadar y mi papá siempre nos saca porque también me puedo ahogar. A veces vamos a ver pajaritos, le damos comida a los pajaritos, le tiramos como sándwiches y nada más.

LA VOLUTA

Historia en las calles